

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Convocado por la
Asociación Cultural
"Valentín Andrés"



GRAU / GRADO 2017

Agradecimientos por el patrocinio de:
Gobierno del Principado de Asturias, Ayuntamiento de Grado,
Benfer, Funeraria San Pedro y Grado Salud.

Edita:

Asociación Cultural "Valentín Andrés"
www.valentinandres.com

Portada:

Hugo Fontela

Ilustraciones:

Javier Marinas

Imprime:

Imprastur

D.L. AS-3422-2017

SALUDA DEL PRESIDENTE DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS, JAVIER FERNÁNDEZ

“Uno sólo es aquello de lo que no se puede despojar”. La sentencia se lee casi al final de las páginas de Naufragio en la Sombra, segunda novela de Valentín Andrés, publicada en 1930. Hay en esta obra, como en otras suyas, referencias de tintes autobiográficos, vinculadas, al decir de los expertos, a Grado, patria chica del autor.



Valentín Andrés fue e hizo muchas cosas. Pero nunca se despojó de sus orígenes. En su vida y en su obra está la marca de sus raíces, de la profunda relación con su tierra. Economista, físico, escritor e intelectual ligado a la generación del 27, estamos ante un hombre de mundo, que siempre llevaba consigo a Asturias y que, cuando volvía a ella, traía con él una parte de su universo particular. De su mano llegaron a Grado personajes como Azaña. O García Lorca, alojado en su casa con los integrantes de la compañía La Barraca, que actuó en la Plaza General Ponte un 2 de septiembre de 1932. Tan memorable episodio es de sobra conocido.

Al genio polifacético e irrepitible lo retrata magistralmente Juan Cueto al escribir sobre una trayectoria entre «las matemáticas y el dadaísmo, la cátedra y la vanguardia, la tradición oral y la escritura creadora, el ocio y la investigación, la cultura popular y la sabiduría sin fronteras, la física y la metafísica, las ciencias y las letras, el sentimiento -y compromiso- regional y la pasión indesmayable por lo universal».

Ortega decía de Valentín Andrés que era “el hombre que siempre está dejando de ser algo”. Pero nunca dejó de ejercer de asturiano. Y nunca dejó de volver a su tierra. Vosotros, desde la asociación cultural que lleva su nombre, tampoco habéis dejado de reivindicar



XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS



su memoria. Ni su faceta literaria a través del concurso de cuentos, que cumple nada menos que un cuarto de siglo de vida. Mi felicitación sincera por tan notable aniversario. Y mi enhorabuena por lo logrado y por hacer posible que no se despoje a Grado del legado de uno de sus hijos más ilustres.

Javier Fernández Fernández
Presidente del Principado de Asturias

SALUDA DEL ALCALDE DE GRADO/GRAU, JOSÉ LUIS TRABANCO GONZÁLEZ

Decía Jorge Luis Borges que “de los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de su voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de su memoria y su imaginación”.



De memoria e imaginación, de libros y lectura, tratarán mis palabras, comenzando por la memoria, esa facultad del ser humano que nos permite retener y recordar el pasado.

En Grado, el recuerdo y el homenaje a D. Valentín Andrés Álvarez es una constante. Valentín Andrés da nombre a una calle de la villa, tiene erigido un busto en el parque, hay una placa en su casa natal, desde 1979 es Hijo Predilecto del concejo y conmemoramos con distintos actos tanto el centenario de su nacimiento como los veinticinco años de su fallecimiento. Pero más allá de estos y otros reconocimientos por parte de sus paisanos, poco habituales por otra parte por aquello de que nadie, o casi nadie, es profeta en su tierra. Más allá de esto, digo, en Grado el mejor tributo que se le ha hecho nunca es mantener viva su memoria vinculada siempre a la actividad cultural gracias a la Asociación y a la Biblioteca Municipal que llevan su nombre.

La labor de la Asociación Cultural Valentín Andrés es un homenaje permanente a esta personalidad irrepetible, pero es sobre todo un pretexto para organizar y ofrecer a la sociedad una oferta permanente de propuestas culturales. Sin duda, el concurso de cuentos es la actividad más reconocida y reconocible de este colectivo, pero al igual que Valentín Andrés fue un ejemplo de inquietud intelectual en ámbitos muy variados, la asociación enriquece la vida cultural de Grado y Asturias con otras muchas iniciativas de difusión y creación tanto artística en general como literaria en particular.





Hablemos ahora de la Imaginación. El Dramaturgo y novelista irlandés Oscar Wilde afirmaba que “no existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo”. Pero el oficio o la afición de escribir es mucho más complicada, para escribir bien hace falta mucha perseverancia, trabajo y oficio. Además, los escritores lo hacen para ser leídos, para compartir sus textos con los lectores. El Escritor italiano Carlo Dossi dijo que “nunca escribo mi nombre en los libros que compro hasta después de haberlos leído, porque sólo entonces puedo llamarlos míos”. La Asociación Cultural Valentín Andrés lleva 25 años acercando escritores a lectores, organizando este concurso de cuentos en su doble vertiente, el certamen internacional y el escolar. 25 ediciones de este concurso son muchos años, son muchos cuentos premiados, miles de historias enviadas por ilusionados escritores y leídas con atención por los distintos jurados, a los que hay que agradecer las muchas horas de trabajo altruista.

No es nada fácil que una concurso literario, o que una asociación cultural, se mantenga en el tiempo hasta cumplir 25 años. El Concurso de Cuentos Valentín Andrés es uno de los actos culturales más importantes de los muchos que se celebran en nuestro municipio. Hay que destacar también la importancia que ha adquirido este concurso en el panorama literario regional, nacional e incluso internacional, pues cada edición son cientos (y en algunas ediciones incluso más de mil) los trabajos que se presentan provenientes de toda España, de todos los países de América, de Europa, e incluso algunos llegados de África y Asia. Este certamen ha apostado también desde su primera edición por la llíngua asturiana y por incentivar la creación literaria de niños y jóvenes con distintas categorías escolares.

Otro aspecto a destacar es que todos los años se publica un volumen con todos los cuentos ganadores. Un libro que tiene la peculiaridad y el gran acierto de acoger tanto a escritores adultos ganadores del certamen internacional, como a noveles de las categorías escolares. También pintores e ilustradores asturianos de gran prestigio han aportado su arte a las portadas e imágenes interiores de estos libros.

Desde el Ayuntamiento de Grado estamos encantados de colaborar con la Asociación Cultural Valentín Andrés en la promoción de la creación literaria a través de este concurso. Este premio es un aliciente para los creadores, pero al mismo tiempo promociona y da a conocer nuestro concejo en todo el mundo vinculado a la cultura en general, y al ámbito literario en particular. Como alcalde sólo puedo agradecer el trabajo de esta asociación y continuar apostando por este concurso de cuentos de larga trayectoria y prestigio.

José Luis Trabanco González
Alcalde de Grado/Grau

SALUDA

FAMILIA VALENTÍN ANDRÉS ÁLVAREZ

Con mi abuelo Valentín, unos instantes de una vida con él

Con mi abuelo Valentín Andrés Álvarez tuve la suerte de convivir durante 22 años..., los años que yo tenía cuando murió.

Mi relación con él fue muy estrecha desde que llegué a este mundo, dos fines de semana al mes los pasábamos juntos y todas las vacaciones de verano escolar en la casa de Doriga (Salas-Asturias).



Cuando una persona es tan cercana a uno, la conciencia de lo que transmite sólo llega con la edad y la madurez.

Mis primeros recuerdos de él, los de la primera infancia, eran siempre verle con un libro en las manos o reunido con alguna persona en conversación y charla; mis paseos a tomar el aperitivo en todas las estaciones del año por diferentes lugares de Madrid; su imagen en el rincón del corredor de la casa de Doriga en verano con un Quijote en sus manos, libro que leía y releía casi todos los años.

Esa imagen de él conversando con las múltiples visitas de todo género, profesión y clase que le venían a ver. Pasé de estrellarme con mi triciclo de infancia contra la mesa de ese rincón del corredor al de la charla con sidra, vino y quesín. A colarme en esas largas reuniones del verano astur, de aquella esquina que se quedó en mi memoria. Siempre me invitó a participar en sus tertulias, no puedo decir de lo que ellas aprendí y conocí.

Pero mi abuelo lo mejor que sabía hacer era enseñarte a pensar, a estructurar tu capacidad de pensamiento. Los referentes y modos que me indicó para llegar a ello fueron constantes, precisos y cariñosos a lo largo de nuestro roce común. Ese enseñar a pensar y ser sensible y creativo al transmitir el conocimiento fueron para mí fundamentales y aun lo son ahora durante mis clases como profesor de dirección de fotografía cinematográfica.



XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS



Los paseos juntos por el Rastro de Madrid en busca de libros antiguos de todo tipo de tratados matemáticos, las tardes de los jueves en los conciertos en el teatro Real, acompañarle a las conferencias en el Ateneo de Madrid...y algo que lo rodeaba siempre todo: su sentido del humor. Ese humor cultural y fino al explicar sus análisis y pensamientos.

-“Valentín- dijo refiriéndose a mí, durante mi adolescencia-, el sentido del humor es una de las mejores manifestaciones de la inteligencia humana”.

La inteligencia y saber que él continuamente supo dar, a los cercanos y lejanos que lo conocimos, esa huella suya, en nosotros se quedó para siempre.

Tu nieto, Valentín Andrés Álvarez.

Prólogo

Fernando Beltrán

Tendría catorce o quince años cuando escuché hablar a los curas por primera vez de Ignacio Aldecoa. No recuerdo si el escritor había sido antiguo alumno del colegio de Madrid, o del que la orden tenía en Vitoria, ciudad en la que nació. El hecho evoca en cualquier caso el trampolín que supuso para mi incipiente vocación literaria descubrir los cuentos de un autor al que mis maestros tanto admiraban, incluso tras admitir con la boca pequeña ese lastre de mal estudiante que me daba una razón más para mitificarlo y hacerme pensar de paso que mi desastre académico podría tener algún tipo de redención futura.



Luego vinieron otros muchos autores a sumarse a mi nómina de lector incondicional de cuentos, entre ellos recuerdo el descubrimiento en un hermoso tomo de bolsillo de Ediciones Aguilar del inmortal Chejov, el gran patriarca del género, y las tapas amarillas de Treinta hombres y sus sombras, del venezolano Arturo Uslar Pietri, inventor por cierto en un ensayo dedicado al arte de escribir cuentos, de la etiqueta Realismo Mágico, que tanta fortuna tendría para denominar a la ingente retahíla de narradores breves y menos breves que fueron García Márquez, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Álvaro Mutis, mi amado Julio Ramón Ribeyro y un larguísimo etcétera.

Años después, y militando ya en el campo aún más minado de la poesía en eso del intentar vivir de ello, tuve la suerte de conocer en las tertulias del Café Gijón y en las Cuevas de Sésamo de la calle del Príncipe -verdadero santuario durante décadas de ese empeño tenaz llamado cuento-, a Meliano Peraile, Antonio Ferrés, García Pavón, Pereira, Fernández Santos, Mateo Díez, y tantos otros de ese clan de inmensos cuentistas, entre ellos al gran Medardo Fraile a quien escuché decir que la palabra puede ser el mayor amigo o el peor enemigo del cuento... ¡Jamás lo olvidé!





Porque he ahí, la palabra, la verdadera clave de la literatura en general, y en especial del relato, llamado en inglés Long Short Storys, evocando la vocación de larga distancia, largo aliento, de estos textos con apariencia fugaz y profunda exigencia, donde cada palabra debe alcanzar precisión absoluta, como advertía Cortázar al escribir que en el cuento sólo se puede vencer por KO, nunca a los puntos como ocurre con las mejores novelas.

Y no es baladí la imagen pugilística elegida por el autor de los cronopios para definir un género que se ha batido el cobre con la vida, con la lucha por la vida, diría mejor. La vida como es, y los seres a brazo partido por salir adelante; su supervivencia, sus sueños, su intemperie, y para dar cuenta y cuento de ello unos textos en crudo que ven, indagan, hurgan y forjan luego desde el hilo inicial de una historia cotidiana una metáfora universal. Una tarea literaria que fue siempre la academia de los mejores narradores, el sparring con que aprendieron a pronunciar los vocablos más certeros; el mejor gimnasio, en definitiva, para mantener en forma la lengua, la literatura, el pulso de los días, sus afanes, sus derrotas, sus gentes: Todos nosotros.

Celebremos por ello la existencia e insistencia contra viento y marea de esa bendita cofradía, romántica y empecinada, llamada Asociación Valentín Andrés, que ha puesto en valor este género bajo la convocatoria de un premio convertido ya en referente internacional, y bajo la tutela del que fuera uno de los más ilustres intelectuales asturianos, amigo de Federico García Lorca, al que hizo viajar a Grado para instalar su itinerante Barraca por primera vez en Asturias.

Y ya que hablamos de caravanas de poesía viajando por esas carreteras de dios para extender la palabra y la belleza, quiero acabar recordando que en aquel mismo Café Gijón de los ochenta, alguien me contó que, muchos años atrás, allí mismo, Ignacio Aldecoa vio cruzar un día ante las cristaleras del café un carro de gitanos zingaros, y se lanzó a la calle de inmediato, dejando la charla a medias y a sus contertulios absortos mirando a través de los cristales como Ignacio se dirigía a ellos y se subía a continuación en un carro en el que desapareció semanas enteras, a las que luego daría expresión y cobijo en alguna de sus relatos: lean los dos tomos de sus Cuentos Completos. Merece la pena.

Pero antes, ahora mismo y por de pronto, suban sin demora a este carro habitado de historias, y demás sagradas y claroscuros mercancías de la vida misma, que les propone un año más, y van ya 25, la Asociación Valentín Andrés.

ACTA DEL FALLO DEL XXV CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS “VALENTÍN ANDRÉS”

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día veintisiete de junio de 2017, se reúne el Jurado calificador del XXV Concurso de Cuentos “Valentín Andrés”, convocado por las Asociación Cultural “Valentín Andrés”, con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, Liberbank y Benfer, formado por las personas:

D^a. Ana Alba
D. Javier Calvo
D^a. María Luisa García
D^a. Carmen Jardón
D. Leopoldo Sánchez

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXV Concurso Internacional de Cuentos “Valentín Andrés”.

Bajo la Presidencia de D. Leopoldo Sánchez, y actuando como Secretaria Dña. María Luisa García, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, dotado con Mil Euros (1.000€), diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“La flor de la amapola”**, presentado bajo el seudónimo de **Argos** y que corresponde a **Alfonso Sergio Barragán Rincón** (de Los Barrios, Cádiz).

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, dotado con Cuatrocientos Euros (400 €), diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“El gusano del hambre”**, presentado bajo el seudónimo de **Marina Abila** y que corresponde a **José Quesada Moren** (de Sevilla).



XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS



Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día veintisiete de junio de 2017. Y para que conste, firman la presente acta.

1.º Premio Alfonso Sergio Barragán Rincón
Categoría Internacional Cádiz

La flor de la amapola



La flor de la amapola



Alfonso Sergio Barragán Rincón

(Seudónimo: Argos)

Nací en Orcera (Jaén), poseo estudios de Biología y Derecho, de profesión funcionario.

Apasionado por la literatura y la naturaleza, lo que más me gusta es jugar con las palabras para contar historias (mejor si alguna vez puedo deleitar a alguien con ellas).

Aunque trabaje con más asiduidad la narrativa, de vez en cuando necesito desgranar algunas líneas poéticas. También he elaborado guiones de radio y vídeos divulgativos y he sido colaborador habitual de la revista deportiva nacional Trofeo Pesca hasta la desaparición de esta.

Entre palabra y palabra, me gusta perderme en las aguas de los ríos o la mar, donde puedo conversar conmigo mismo, recargar baterías y olvidar cuitas y pesares. Todo antes que asumir el monótono aburrimiento tecnocrático que parecer imponer el siglo XXI.

Poseo (por esos caprichos de la vida, o mediante los avatares de la suerte) del orden de ciento ochenta galardones, abarcando diversos géneros: narrativa, poesía, microrrelatos, epístolas,... Entre ellos, por destacar algunos, el Concurso de Relatos Leopoldo Alas Clarín de Quintes, Concurso Internacional de Cuentos de Guardo, Certamen Literario Villa de Almoradí, Certamen Literario Villa de Montefrío, accésit en el Premio Internacional de Relato Corto Encarna León, cinco veces finalista en el Premio Internacional de Cuentos Max Aub, Certamen de Poesía Villa de Mancha Real, Certamen poético "Poeta Marcelino Arellano Alabarces"...

Un libro publicado, el poemario "La potestad del círculo".

La flor de la amapola

Esta mañana he tenido que vestir a Amapola de prisa y corriendo. Y me ha costado sacarla de entre las sábanas, tan remolona como es. Siempre se hace la dormida y yo le doy besitos y le acaricio los brazos y le rasco la espalda. Al final, cuando le hago cosquillas es cuando no puede evitar reírse y disimula como si se hubiese despertado entonces.

Pero esta mañana no. Esta mañana ni caricias ni cosquillas. La tuve que levantar a la fuerza mientras madre me daba voces desde la cocina. Y no me dijo qué pasaba, solamente que la echase fuera de la cama y le pusiese el vestido nuevo, que no es nuevo, pero es el mejor que tiene, que solo se lo ponemos cuando nos llegamos al pueblo.

Ya no me hace gracia vestir a Amapola. Antes sí, pero desde aquello... Es que se me van los ojos a los pechos, que, aunque pequeñitos, ya los tiene muy hinchados. Y le han salido pelitos en sus partes, lo vi un día que tenía sangre entre las piernas y cuando llamé a madre me dijo que era cosa de mujeres, que la dejase a ella entendérselas con la Amapola.

Me dio vergüenza preguntarle de eso al Eusebio, el cabrero, pero no mucha, porque es muy muy viejo y sabe muchas cosas y es con el que mejor me llevo en la cortijada. Él me contó qué era eso de ser mujer, aunque yo ya sabía algo, pero no mucho. Por eso no me gusta ver desnudita a la Amapola, aunque sea mi hermana, me parece que no está bien, aunque el Eusebio me dijo que si no la tocaba –a punto estuve de darle un mamporro por pensar siquiera en eso– o después me tocaba yo, no era pecado ni nada malo.





Amapola tiene dos años menos que yo, pero sigue siendo una niña chica. Todo el mundo dice que es tontita y a mí me cabrea que digan eso de ella. Aunque en parte sea verdad, que algo tiene, o algo le falta, que es rarita, vamos.

Padre me decía que Amapola era diferente, distinta a los demás, por lo que teníamos que quererla más y cuidarla y mimarla para que nunca se sintiese sola ni triste. Que Amapola es como una florecilla que necesita mucho riego, porque es más débil, más frágil que otras flores. Por eso yo la cuido desde siempre, y más desde que se lo prometí a padre la tarde que fui a verlo al hospital, el día que volcó con el tractor, ese cacharro que un día trajo el amo diciendo que quitaría trabajo y lo primero que quitó de en medio fue a mi padre.

Aún me acuerdo que ese día padre estaba muy mal, tenía que acercar el oído a su boca para enterarme de lo que me decía-, me cogió del brazo muy fuerte y me hizo jurar que iba a tener ojo con Amapola, que en la finca había mucha mala calaña y que Amapola era muy bonita y ya mismo iba para mujer. Y me dejó el encargo porque a mí me tocaba ser el hombre de la casa... Y fue verdad, que murió esa misma noche.

Yo entonces no entendí lo que quiso decirme, aunque no hacía falta que me advirtiese que cuidase de Amapola porque siempre lo haré, sabiendo como sé que a madre no le hace mucha gracia. Se cuida de ella, pero como aguantándose, que yo no sé qué le habrá hecho la niña, si ella no tiene la culpa de haber nacido así, pero anda todo el día quejándose del trabajo que le da, de que no la deja ni a sol ni a sombra, y eso que yo procuro atenderla en todo menos cuando las faenas no me dejan, y aun así, cuando puedo, al ir a darle el pienso a los cerdos o el grano a las gallinas o a limpiar la cabreriza o los establos, me la llevo conmigo aunque estorbe más que otra cosa.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

gusta la demás gente, que se siente incómoda o así, ni siquiera se lleva bien con el Eusebio, y eso que él la quiere mucho y le lleva regalitos, cosas del campo y unas figuritas de animales que esculpe en madera con la navaja. Pero a Amapola le asusta la gente y babea y se pone nerviosa o se queda como muda cuando hay alguien extraño a su lado. Amapola es Amapola, qué le vamos a hacer.

El Barranco está ahora arriba, en el serrijón que da a lo de Aguaya, con otros dos guardias civiles y algunos hombres más. No sé quiénes, pero deben ser señores importantes por los aires que se dieron nada más bajarse del coche. Un coche enorme, negro, de ricos, que yo nunca había visto uno así, ni el del amo es tan grande. El Barranco, que había llegado antes y llevaba un buen rato esperándolos con los otros dos guardias, los recibió tieso como un palo, y hasta el amo los saludó muy serio, casi haciéndoles reverencias, cosa que jamás le he visto hacer, ni pensé que pudiera haber nadie en este mundo capaz de empujarle a doblar el espinazo para eso. Madre ni se acercó a ellos, como si fuese poca cosa, como si no estuviese allí, y la verdad es que no se entretuvieron ni en mirarla siquiera.

Apenas soltaron palabra, algún gesto como de saludo todo lo más, y enseguida cogieron el veril que lleva hasta la cima del serrijón, madre la primera -digo yo que porque fue la que descubrió el cuerpo cuando buscaba hierbas en el altozano-, después el Barranco y los civiles con el amo y detrás los del coche negro, más que serios, con cara de mala leche. Se les notaba que no habían venido por su gusto, o quizás tan solo estaban cabreados por tener que subir esa cuesta tan empinada, llena de cascajos sueltos y flanqueada de aulagas que pinchan como ellas solas.

Nosotros nos quedamos aquí abajo, en la era, y a la pizca bajó madre con cara avinagrada, retorciéndose las manos bajo el mandil, que parecía que le picaban o algo así. Me pareció que la habían despachado





nada más decirles dónde estaba el cadáver, pero en lugar de contarme lo que pasó allí arriba se puso a mi lado y me miró de reojo, una mirada rara, como si quisiera preguntarme algo importante y no se atreviese. Pero dejó de mover las manos al acercarme a ella como queriendo hacerme ver que no pasaba nada, y se puso a hacerle carantoñas a Amapola, cosa rara en ella, que a veces parece que la niña fuese invisible.

Ramón está sentado sobre la pila de leños gruesos que estaba cortando antes de que llegase esa gente importante. Parece tranquilo, pero enciende un cigarrillo detrás de otro mientras chasca támara tras támara que luego deja en un montoncito a su lado no sé para qué.

Juan, el manigero, se había ido un rato antes montando la torda en busca de los demás, que andan en la parte baja de la finca a la siega. Salió a galope vivo tras hablar con el amo, que llevaba toda la mañana más arisco y bronco que de costumbre, por lo que lo despidió con unas voces que debieron oírse en toda la finca.

Amapola se acercó a mí. Sacó las tabas de la bolsita que llevaba anudada a la cintura y se puso a jugar con ellas soltando de vez en cuando esa risita como de campanillas que tanto me gusta. A cada rato tenía que limpiarle las babas con un pañuelito, porque cuando le chorrean le llenan toda la barbilla, le bajan por el cuello y le hace muy feo. A veces, se le sale la saliva por la comisura de los labios, pero no tanto, salvo cuanto está triste o irritada. Y hoy será por eso último, porque la verdad es que andamos todos como revueltos o asustados, o la mitad de cada cosa. Enervados, que diría el amo, siempre tan finolis, con esas palabras raras que utiliza y que yo a veces no comprendo y le tengo que preguntar que qué quieren decir. Y eso de “enervado” se me ha quedado porque esta mañana lo ha dicho varias veces hablando con madre en la cocina, antes de que empezase a llegar la gente.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Se lleva muy bien el amo con mi madre y hablan mucho y hasta pasean por ahí, por el prado o el aprisco, y a mí entonces me manda que deje lo que esté haciendo y atienda a la Amapola que, si no va conmigo, va siempre tras sus faldas, y eso a madre no le gusta, que la espanta casi siempre a manotazos como si fuese una mosca cojonera, y yo me callo, pero la miro mal, y a veces me dice: ¿qué?, pero con muy mala uva, y yo le respondo lo que me dijo padre de las flores y Amapola, pero ella ni caso, y no me gusta cuando se ríe diciendo que la niña de flor solo tiene el nombre.

Antes, cuando padre vivía, no andaba tanto madre con el amo, digo yo que será porque ahora está sola, aunque nos tiene a Amapola y a mí, aunque sé que no es igual porque somos niños, pero no me parece bien tantos paseos y tanta charla con el amo, que digo yo que debería pasear con su mujer, que para eso la tiene, aunque esa viene poco por aquí y casi nunca sale de la casa grande. Será porque no le gusta esto y al amo sí. Yo no sé por qué, pero cuando los veo pasear juntos me acuerdo de padre y me entra una mala leche...

Yo estoy la mar de tranquilo. Y es raro, pensé que se me iba a notar algo e igual se sospechaban de lo que hice. Los demás no sé por qué están así, como con miedo o con fastidio. Igual es por el Barranco. Por aquí nadie le traga. Es un mal bicho. La verdad es que a mí me da miedo, no me gusta cuando ronda por mi lado, ni cuando se acerca a madre o a Amapola, con esos ojos achinados que nunca miran de frente, y eso, padre siempre lo decía, no es de hombres de ley.

Eusebio, el cabrero, es el que más historias sabe de él. Historias feas, sanguinarias, que no sé yo si serán todas verdad. Pero le encanta contárnoslas cuando nos reunimos ante la lumbre. Yo, si está Amapola, le digo que se vaya a otra cosa, y si se queda le tapo los oídos porque, aunque parezca que no se da cuenta de nada, yo sé que entiende más de lo que parece y no me hace gracia que se entere de esas cosas tan malas.





Lo que sí debe ser verdad, porque lo cuenta todo el mundo, es que el apodo le viene porque cuando la guerra tiraba a los rojos atados de pies y manos por un barranco que había detrás del cuartel. Y la historia de los gitanos también tiene que ser cierta, porque el Ramón, que es medio gitano, le mira con una mala leche que a veces me hace pensar que se van a liar a puñaladas, y sé que si no se han enganchado más de una vez es porque el Barranco lleva uniforme y no por otra cosa, porque el Ramón es muy largo de manos y no aguanta ni una, pero meterse con la autoridad... eso es harina de otro costal hasta para el Ramón.

El Eusebio dice que los gitanos -allá lejos, en las afueras del pueblo, viven muchos en unas casas de techos de uralita- lo temen como a una vara verde, y cuenta que una vez cogió a dos que habían robado unas caballerías y les sonsacó adónde las habían escondido a chorros de agua fría y dándoles golpes con la manguera. Y, a lo visto, uno de ellos murió de la paliza, que era primo o algo así del Ramón y, aunque la cosa viene de antiguo, esos dos no se pueden ni ver, aunque cuando se encuentran no pasan de mirarse con mala leche y chulería como desafiándose, y eso que el amo le ha advertido al Ramón que a la mínima lo pone de patitas en la calle, que ni un problema de manos en la finca y menos con El Barranco.

A mí, todo eso como que no me hace ni pizca de gracia, ni me gusta saber de esas historias, sean verdad o mentira. Pero al Barranco no hay más que mirarlo a la cara para saber que no es trigo limpio. Lo que no entiendo es que el amo, con lo relamido que es, tenga tratos con él. Que hasta de cacería salen juntos a veces. Aunque el Eusebio dice que algo pasó durante la guerra y que el amo se la debe al Barranco. Y será por eso, digo yo.

Aunque el amo raro sí que es. No digo que malo, sino raro. Con nosotros nunca se porta mal, pero sé que padre no lo tragaba. No tengo muy claro el porqué. Sí sé que no quería que madre fuese a la casa

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

grande a limpiar. Solía ir como dos veces por semana, al principio con el consentimiento de padre, pero después lo hacía a escondidas. Solo me enteraba yo porque, antes de subir, madre me decía que no se lo dijese a padre, que no quería que fuese porque decía que ya tenía el amo una sirvienta para eso, pero que lo hacía porque necesitábamos dinero extra. Yo nunca dije nada, pero no entendía que se arreglase tanto para limpiar y que tardase tan poco, ni una hora echaba, pero si nos hacía falta el dinero no sé por qué a padre le disgustaba tanto que se fuese para la casa grande.

El amo se portaba muy bien con la niña. Pagaba los médicos y todo, pero un día escuché a padre decirle, muy enfadado, que le iba a devolver peseta tras peseta, que solo eran préstamos. Y el amo se encogía de hombros como si no lo escuchase, diciéndole que la niña necesitaba cuidados y qué de malo había en que los pagase él. Y eso pensaba yo entonces, que qué de malo había. Pero hoy, sabiendo lo que sé, me parece que padre tenía razón, por eso decía muchas veces que en cuanto encontrase otro trabajo nos iríamos de allí, que aquello era una puta mierda, que estaba harto de vivir entre maleantes y sinvergüenzas. Y yo, cuando padre se ponía así, cogía a Amapola, la sacaba de la casa y nos íbamos a la era, a la otra punta, para que la niña no lo escuchase pelearse con madre ni los tacos tan gordos que soltaba.

Si no llega a ser por el accidente, igual no vivíamos ya en la cortijada, porque padre me dijo un día que ya mismo nos marchábamos, pero como murió...

Ahora, aunque no está padre, vivimos mejor que antes, que no nos falta de nada porque el amo le regala muchas cosas a madre. Le regala de todo, de comidas y así y cosas de esas de las mujeres, pinturas, vestidos bonitos y hasta bragas, que yo lo he visto, pero lo que no me parece bien es que le regale esas cosas sin ser su marido ni nada, pero me callo.





Llegó al atardecer un día negro y ventoso hace ahora un año. Llevaba una maleta tan oscura como los nubarrones que cubrían el cielo. Los perros lo anunciaron con aullidos, como si se hubiesen vuelto locos. Me costó un montón callarlos y aun así siguieron gruñendo por lo bajo durante un buen rato. Tuvo que subir a la cortijada andando, un largo trecho desde la carretera donde me imagino que lo dejaría algún coche. Y se plantó allí, en mitad de la era, mirando a su alrededor como desafiando a todo quisqui viviente. Yo, nada más callar a los perros, me fui a la cocina en busca de madre que trajinaba con la perola. No sé por qué se me metió el susto en el cuerpo nada más lo vi. Tan alto y delgado, con esos ojos rajados muy pequeños que miraban raro.

Madre salió a recibirle, y por la cara que puso supe que tampoco le gustó nada. El hombre preguntó por el amo con una voz ronca que me amedrentó aún más. Madre le dijo que hasta la tarde no llegaría -señalándole la loma donde está el caserío en el que viven a temporadas el amo y su familia-, que se pasase después, pero él le contestó que lo esperaría allí, por lo que lo hizo entrar en la cocina, me pareció que muy a disgusto. El hombre se sentó a la mesa sin pedir permiso mirando a su alrededor como si aquello fuese suyo, y a madre de una forma que me dio hasta coraje. Yo me senté en el otro extremo y me quedé callado y quietecito, pero sin quitarle la vista de encima, intentando que no se me notase mucho la tembladera que tenía en las piernas. Metí la mano en el bolsillo y agarré fuerte la navaja que padre me regaló en mi último cumpleaños, más por darme ánimos que otra cosa, pero aliviándome pensando que los gañanes estarían al llegar. Pero por si acaso, me dije...

Madre le puso un vaso de vino delante y a mí una escudilla repleta de caldo con tropezones de carne. El hombre entonces se levantó y se puso delante de mí, sacándose de la parte de la cintura que da a la espalda una enorme navaja que abrió despacio, resonando la carraca con un crujido que me dio miedo. Estuve a

punto de mearme en los pantalones y miré a madre con ojos tan aterrados que se apresuró a ponerse a mi lado y a revolverme el pelo como diciéndome que no pasaba nada.

El hombre se quedó un rato mirándome con des-
caro y después pinchó un trozo de carne de mi plato y se lo llevó a la boca. Nos sonrió con una sonrisa fea de boca mellada, como disfrutando de vernos atemorizados. Me llaman El Faca, dijo con la boca llena poniendo ante nuestros ojos la navaja. A mí se me pasaron las ganas de comer, y madre se quedó de piedra, sin poder apartar los ojos de aquella navaja tan grande.

Entonces los perros comenzaron a ladrar y al momento se escucharon voces y risotadas en la era. Eran los gañanes que venían al almuerzo. Suspiré aliviado, cogí mi plato y me quité de en medio, apoyándome en un rincón del poyo mientras madre se apresuraba a dejar la perola sobre la mesa -El Faca no hizo intento de ayudarla-, esparció por el mantel un puñado de cucharones de madera, puso dos hogazas de pan a los lados y se vino a mi lado con su plato.

Los primeros en entrar se quedaron mudos de repente, mirando con recelo a aquel extraño de pinta rara. El Faca ni se inmutó. Cortó con la navaja una gruesa tajada de la hogaza que tenía más cerca y después pinchó otro trozo de carne dejándolo quieto unos segundos frente a su boca con gesto chulesco, como esperando que alguien le dijese algo, igual para meter bronca, hasta que se tragó el tasajo de una vez, limpiando después la navaja en una rebanada y cogiendo un cucharón, mismamente, como si llevase toda la vida en el cortijo.

Un minuto después estaban los gañanes de pie alrededor de la mesa como tenían por costumbre, metiendo sus cucharones en la perola. Eso sí, sin las prisas de siempre y sin armar alboroto, cosa rara en ellos, como si El Faca les infundiese respeto o algo así.





En esas llegó Juan, que se paró un instante bajo el dintel antes de entrar en la cocina. Apartó de un empujón a uno de los gañanes y se puso en su lugar ante la mesa. Comenzó a coger trozos de carne -al igual que hacía El Faca- pinchándolos con su navaja tumbera en lugar de hacerlo con el cucharón. Estaban enfrente uno del otro, y hasta yo me di cuenta de que alguna vieja cuenta tendrían que saldar esos dos que sin duda se conocían, porque se desafiaban con los ojos como hacen los perros antes de enzarzarse en una pelea. Yo no podía apartar la vista de los aceros, que se movían como entrecruzándose. Y supe, supimos todos los allí presentes, que aquello no iba a acabar bien.

A la tarde, cuando llegó el amo acompañado de padre, que venían de visitar otras tierras que el amo tenía, le dijo a todo el mundo que El Faca era el nuevo mayoral, y le ordenó a padre que le hiciese sitio en el aljorín que, desde que la aceituna no se molturaba en la hacienda, servía de vivienda para el cabrero y refugio para los gañanes que querían hacer noche en la cortijada. Nadie volvió a hacerlo desde que El Faca se aposentó allí, y el Eusebio no volvió a aparecer por la finca. Ni tan siquiera vino a recoger las cosas que se había dejado.

Amapola está insoportable. Ya no sé qué voy a hacer con ella. Es verdad que no puede parar mucho tiempo en el mismo sitio, y que no sé qué hacemos todavía en la era. Le he pedido permiso a madre para llevarla al aprisco, para que correetee un rato tras las cabras, eso que tanto le gusta, pero me ha mirado como si hubiese dicho algo malo y me he tenido que callar.

Le he dado una lagartija para que jugueteo con ella, que le hace mucha gracia verla correetear sobre su cuerpo, a ver si se entretiene un rato y deja de dar la lata. No quiero que dé el espectáculo entre tanta gente, y menos ahora que ya bajan por la vereda El Barranco y los demás.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

A ver si por fin podemos largarnos, que voy ya cargado de miedo porque temo que se me acabe notando algo o que a Amapola se le ocurra soltar lo que no debe, aunque pienso que no se enteró de mucho y no creo que tampoco la escuchen si dice algo con esa mediecilla lengua que se gasta, porque se la entiende poco.

Hace rato que se llevaron El Faca en un coche de los muertos y ahora están todos esos señores importantes en la casa, con el amo. Nosotros seguimos en la era.

Aquí nadie habla, nadie dice nada. Se miran unos a otros, miran hacia la casa y callan. Están todos así desde que el amo dijo que esperásemos, que nos llamarían uno a uno para interrogarnos, que supongo querrá decir preguntar cosas sobre lo que ha pasado, aunque esta vez no me he atrevido a preguntarle al amo si de verdad quiere decir eso.

Yo ya estoy más que harto de esperar, y no sé cuánto tiempo tardará Amapola en hacer alguna de las suyas. Por lo pronto, ya ha tenido madre que entrar en la casa con ella para asearla porque se ha hecho sus cosas encima. Madre se ha enfadado mucho y la ha regañado y no me ha escuchado cuando le he dicho que es cosa de los nervios, de llevar tanto tiempo aquí sin hacer nada y con tanta gente alrededor -no le gusta a Amapola estar con tanta gente-. Madre sabe que hace mucho que no hace eso y que no ha sido culpa suya, pero le ha debido de pegar, porque al salir de casa mi hermana tenía los ojos llorosos y una parte de la cara encarnada. (A Amapola nunca se le caen las lágrimas, se le quedan en las cuencas de los ojos pero no le salen de ahí, como aquel día cuando la vi salir corriendo de la cabreriza con el vestido a medio abrochar, poco antes que saliese El Faca remetiéndose los faldones de la camisa por los pantalones con cara de becerro harto de pienso).

Yo sí que estoy enrabiado -aunque menos que aquel día- porque pienso que la culpa de todo esto, más que El Faca, es del amo con sus trapicheos, que





el Eusebio decía verdad: muy finolis y estirado, mucho parné y muchas leches pero no es hombre de fiar, que él sabrá las burradas que hizo en la guerra y, si no, a santo de qué tanta gente de mala catadura –todavía no me he enterado bien qué es eso– metida en la hacienda. Qué razón tenía el Eusebio cuando decía que presentía alguna desgracia rondando la finca, que se veía llegar.

En eso sí que estoy tranquilo. Porque sé que no ha sido culpa mía. Hice lo que tenía que hacer. Amapola es mi hermana, lleva mi misma sangre, es a quien más quiero en este mundo, incluso más que a madre, y no podía permitir que El Faca se fuese de rositas después de lo que le hizo.

No tuve más remedio que hacerlo así, a las bravas, aunque fuese por la espalda, porque qué iba a decir Amapola que de eso no sabe, y nadie de testigo, porque yo no vi nada pero sí sé lo qué pasó, fue porque me fijé en la sangre que le corría a Amapola por los muslos y le tuve que limpiar sus partes, como cuando se ensucia encima, pero no le pude sacar palabra. Y desde ese día, cuando veía al Faca, temblaba y se le caían las babas y se le llenaban de lágrimas las cuencas de los ojos y le daban ataques, aunque nadie sabía del porqué menos yo. Por eso me resolví a hacerlo, para que no tuviese que verlo nunca más. Y ni me arrepiento ni nada de eso y, si cuando muera tengo que ir al infierno,... pues voy.

Tan solo lo siento por Juan, que se lo han llevado no sé si detenido o para seguir interrogándolo. Espero que no le pase nada, es un buen hombre, pero si supiera lo que ha ocurrido seguro que me comprendería y me perdonaría por no contar lo que pasó.

2.º Premio José Quesada Moreno
Categoría Internacional | Sevilla

El gusano del hambre





José Quesada Moreno

Villanueva del Río y Minas (Sevilla), 1965

Nací en Villanueva del Río y Minas, Sevilla, en el año 1965, en la habitación principal de una casa que ya no existe.

Soy agente comercial a jornada completa y, a ratos, me da por contar lo que anda pasando a mi alrededor. Y entretanto he recibido en torno a noventa premios y menciones en distintos concursos de poesía y narrativa. Entre ellos, el Certamen de Narrativa Santoña... la mar, el Certamen de Relato Corto Alfonso Martínez Mena de Alhama de Murcia, el Certamen de Relato Breve Ciudad de Arévalo, el Premio de Narraciones Breves Julio Cortázar de la Universidad de Murcia, el Certamen Literario Villa de Montánchez o el Certamen de Relatos Helénides de Salamina.

En el año 1995, representé a Sevilla en la “VII Bial de Jóvenes Creadores de Europa y del Mediterráneo”, celebrada en Lisboa, y he publicado, de manera puntual, en varias revistas de Creación Literaria (“Ánfora Nova”, “Sin Embargo”, “I.M.A.J.E.N”...) y en prensa escrita en Filadelfia (EEUU).

Hasta la fecha tengo editados dos poemarios y una veintena de relatos en otras tantas antologías y ediciones conjuntas. Y un libro de relatos titulado *Vino amargo* (Editorial Autores Premiados, Sevilla 2013).

Y si alguien me pregunta, a estas alturas, por qué escribo, sepa el que pregunta que es la única forma que he encontrado para que aquella casa donde nací, y tantas otras cosas y personas que ya no existen, sigan perviviendo, travestidas de fábula y quimera, más allá de la memoria...

El gusano del hambre

Cuando a mi padre le arrasó la pierna la gangrena y se le acabó el menudeo del estraperlo, en casa no entraba más jornal que el de las labores de costura que las vecinas le encargaban a mi madre, más por lástima que por necesidad. Así que cuando cumplí diez años me sacaron de la escuela y me mandaron a servir a casa de una prima segunda, casada con un alférez con ínfulas de mariscal, que me pagaba con el sustento y dos reales a la semana. Los domingos, después de misa, me liaba en papel de periódicos una naranja y dos piezas de un pan tan duro que sólo era posible tragarlo desmigajado sobre la leche o la sopa. A veces me daba un par de huevos que mi madre habría de desmenuzar y espurrear dentro del caldo de algarrobas sobrante del mediodía. Pero eso no era siempre, y no siempre había para cenar. Mi prima lo metía todo en una talega —naranja, pan y huevos— y me subía a un tranvía que me dejaba a unas cuantas calles de mi casa.

En el trayecto, iba leyendo el periódico que envolvía las viandas, sin deshacer el paquete. Le iba dando vueltas en mis manos, desmigajando las noticias, sin importarme quedar a medias y sin entender a veces el lenguaje de los adultos. Léa por el puro placer de que las letras resonaran en el interior de mi cabeza; luego llegaría mi interés por las historias, pero entonces la vida, al menos así lo recuerdo, eran noticias inconclusas y fragmentadas por el doblez del hatillo, biografías por hacer, existencias sin término. Era muy imaginativa: una niña capaz de urdir en su cabeza las más extrañas realidades. Cada domingo, y justo antes de entrar a mi casa, al oler el guiso de cardos y algarrobas con que mi madre aderezaba el almuerzo, fantaseaba con que el tufillo que desprendía la cocina no era de algarrobas guisadas, sino de pollo en salsa





de almendras y osobuco de buey con salsa de castañas y menestra, que es lo que mi prima y su marido el alférez decían haber comido una vez que estuvieron en Madrid.

Entraba en la casa y me encontraba ya la mesa puesta, con mi padre pellizcando una guindilla. Desde que perdió la pierna, se había vuelto huraño y a veces ni siquiera levantaba la vista cuando me acercaba a besarle en la mejilla. Mi madre me sonreía desde el hornillo y me pedía con la mirada que me sentara. Se acercaba con la cacerola, la dejaba en la mesa y me abrazaba con sus manos siempre frías mientras yo enterraba mi cabeza en su regazo. Olía a fresco. A limpio. Luego iba sirviendo los platos uno a uno. Algunos domingos flotaba media docena de garbanzos en el caldo y en otros era posible distinguir el reflejo de la pringue de un trozo de tocino invisible y alguna patata no más grande que un huevo, pero la mayoría de las veces era el caldo huego o a lo sumo una sopa de agua adonde habían ido a naufragar dos cogollos de cardillo y una hojita de hierbabuena. Mi madre sacaba las dos piezas de pan de mi talega y las distribuía en los tres platos para darle consistencia de sopeado al agua caliente. Mi padre desmenuzaba media guindilla sobre su plato, removía con la cuchara y sorbía. Esa era la señal; mi madre indicaba con la cabeza que cogiera la cuchara y comenzábamos a tragar hasta rebañar la última miga.

Un domingo, cuando acabábamos de comer, tocaron en la puerta. Dos veces seguidas, tan despacio que al principio pensé que alguien llamaba en una casa vecina. Tosió y entonces supimos que había alguien en la entrada. Mi madre, desde la pila donde fregábamos los platos, y sin saber aún quién era, le pidió que pasara.

Apareció la señorita Adela, la maestra que me había enseñado a leer y a escribir mis primeras letras. Una mujer espigada y escualida que no comía todos los días, pues no le daba lo que sacaba por las clases

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

más que para comer en días alternos. Andaba muy desmejorada desde la última vez que la vi, que fue cuando mi madre me sacó de su escuela para ponerme a servir en casa de mi prima. Mi padre diría después que la señorita Adela debió oler el guiso de algarrobas que nos acabábamos de terminar y entró a ver si le caía algo, siquiera las migajas del pan o el poso de tizne de la cacerola.

—Has crecido mucho, Elvirita — señaló mi maestra.

Yo asentí y me fui a retirar los platos. No había pasado tanto tiempo, pero era cierto que había crecido. Desde la última vez que la vi, hube de descoser al menos una vez el dobladillo de mis faldas, pero lo que realmente me indicó que el tiempo, poco o mucho, había pasado de verdad fue encontrar demacrada y ojerosa a una mujer que yo recordaba hermosa y alegre. Parecía como si la vida le hubiera echado encima otro cuarto de siglo a su medio siglo. Creo que hasta mi madre se espantó y, mientras pasaba un trapo por la mesa, le dijo que acabábamos de comer.

—¿Usted ha comido, Adela? —preguntó.

—Sí, señora. Los domingos como temprano —remató mientras esbozaba una sonrisa que marcó más aún la escualidez de sus gestos.

Mi madre asintió y se fue a la cocina. Mi padre la siguió con la mirada. Tosió. Se palmeó con fuerzas el muñón de la pierna y murmuró algo que no entendí. Se balanceó apoyado en la muleta, sin levantarse, y volvió a soltar aquella tos de perro que acabaría por rematarle el humor. Mi madre llenó de agua una cacerola, la acercó al fuego y echó a hervir los dos huevos que mi prima había puesto en la talega. Luego volvió al comedor, arrimó una silla a la mesa y se sentó junto a la señorita Adela.

—¡Ea! —dijo mi madre —, pues dígame a qué debemos su visita.





—Está muy grande Elvirita —repitió.

Mi madre me miró y pidió que me sentara entre ella y mi padre. Arrastré una silla y mi padre carraspeó y tamborileó sobre la mesa. Sacó la picadura y se lió un cigarro. Yo me saqué la bola de papel de periódico del mandil, lo puse sobre la mesa, lo alisé y luego presté atención a lo que vino a decir la señorita Adela.

—Creo que es una pena que se pierda su talento para siempre —dijo al fin.

Se volvió hacia mí y luego hacia mi padre, y entonces pude ver todo su desvalimiento, la melladura con que el gusano del hambre corroe no sólo a los cuerpos sino a ese reducto del hombre que es su alma. La de doña Adela se le había salido ya de su materia y vagaba en algún limbo; se le había escapado con la última punzada que le dio su estómago vacío y ahora era ella toda un alma en pena, un ánimo hecho piltrafas y reducido a un cuerpo gastado y a unos ojos que rehuían a nuestros ojos, perdidos en alguna lejanía y temerosos de volver.

—Tiene mucha imaginación —continuó—. Debería completar sus estudios...

—Con la imaginación no se come —interrumpió mi padre.

—No podemos pagarle, Adela —medió mi madre, incómoda por el tono con que mi padre había interrumpido la conversación —Apenas nos da para comer a diario.

—Yo no necesito nada. Podría venir los domingos por la tarde para seguir enseñándole letras a Elvirita. A mí no me cuesta. Me acercaría después de misa.

Mi madre no dijo nada, se levantó, se acercó hasta la hornilla y desde allí me llamó para ayudarle. Yo me

había quedado absorta en las fotografías del periódico, procesando lo que estaba viendo y oyendo, como si no hablaran de mí, sino de un ente ajeno a todos; hablaban de mi educación y sin embargo yo sólo veía hambre y necesidad, la pobreza más fiera haciendo mella en las voluntades, la lucha de mi maestra por seguir manteniendo la dignidad de su oficio.

Me levanté y acerqué a mi madre un plato para que depositara los dos huevos cocidos que enfriaba bajo el grifo. Llené una jarra de agua y la llevé hasta la mesa. Mi madre trajo los huevos, un cuchillo y un vaso y me indicó que fuera a por la naranja que había sacado antes de la talega y que aguardaba en el poyete de la hornilla. Mi padre se removió en su silla. Arrojó la colilla al suelo y la aplastó con la punta de la muleta mientras expulsaba el humo por la nariz.

—No nos queda pan —dijo mi madre.

—No se moleste. Le dije que ya había comido.

Nos sentamos de nuevo junto a ella. Mi madre deslizó el plato por la mesa y le indicó con los ojos que comiera. Yo vi en mi madre aquella sonrisa leve con la que finalizaba siempre las discusiones. Esa forma dulce con que zanjaba los problemas y con la que desplegaba su autoridad. La señorita Adela también la vio, por eso cogió uno de los huevos, le dio unos golpecitos sobre la mesa, lo apretó con la palma de la mano y lo hizo rodar por el mantel hasta descascarillarlo por completo. Lo peló y lo mordió a bocados pequeños, sin ninguna ansiedad ni prisa, como si al dar cada picotada de gorrión sintiera su dignidad más y más pequeña y unas ganas enormes de desaparecer, o como si en aquel acto sencillo y tan pocas veces repetido se le fuera el aire. Mi madre se disculpó, se levantó a terminar de fregar los platos y nos hizo una señal a mi padre y a mí para que nos levantásemos. Mi padre salió a la calle y después de un rato le oí chascar la yesca para prender otro cigarro. Tosió. Yo me quedé junto a la hornilla y desde allí la observé. La se-





ñorita Adela procedió de igual forma con el otro huevo y cuando terminó peló cuidadosamente la naranja y se la fue comiendo gajo a gajo, con una morosidad que parecía estudiada pero que ahora dejaba traslucir un deje de delectación, de gozo espiritual mientras la pulpa iba reventando su sabor en su boca. Creo que el dulzor le arreboló los carrillos de una belleza nueva y le brotaron dos lágrimas como dos minúsculos granos de sal. Bebió el vaso entero de agua, se enjugó los pómulos con el dorso de la mano y se perfiló apenas los labios con la servilleta. Luego hizo un montoncito con las cáscaras de huevo y otro con las mondas de la naranja y esperó sin girarse a que regresásemos de fregar los platos. Mi madre se sentó frente a ella y volvió a sonreírle.

—Tengo que irme —dijo mientras se levantaba. Señaló las mondas de la naranja. —¿Puedo llevármelas?

Mi madre asintió y la señorita Adela se echó el montoncito en uno de los bolsillos de su bata.

—¿Qué hacemos, Elvira? —preguntó.

Mi madre se levantó y se acercó al aparador. Abrió la puerta de arriba. Contó las cuatro vainas de algarroba, el cuartillo de aceite mil veces frito, la lata mediada de achicoria, el vacío enorme. Y en la hornilla, la cacerola del agua turbia para la cena de esa noche. Sin huevos.

Se volvió. Miró el periódico donde yo intentaba desentrañar mis primeras historias y luego me miró a mí. Y le vi en sus ojos lo que pensaba. Para el domingo habría dos mendrugos que echar a la sopa y una naranja. Y un par de huevos si había suerte. Mi padre, que entró arrastrando el dolor de la pierna que ya no tenía, también lo vio, y movió la cabeza, y renegó, y al fin se acercó hasta donde estaba mi madre y, sin apartarle la mano del pomo del aparador, empujó con suavidad la puerta hasta cerrarla. Luego se volvió y miró a la señorita Adela a los ojos, con aquella mirada que yo

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

le recordaba a mi padre de antes de lo de su pierna, y esbozó una mueca que pretendía ser de fastidio.

—Vuelva usted el domingo, Adela —dijo al fin, y se metió en su cuarto para echar una siesta larga como un día de hambre.



ACTA DEL FALLO DEL XXV CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS “VALENTÍN ANDRÉS” CATEGORÍA “A”

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día veintisiete de junio de 2017, se reúne el Jurado calificador del XXV Certamen Provincial Escolar de cuentos “Valentín Andrés”, convocado por las Asociación Cultural “Valentín Andrés”, con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, Liberbank y Benfer, formado por las personas:

Dña. Paraíso Álvarez
Dña. María Arango
D. Santiago Cuervo
D. Humberto Sierra
D. Miguel Zapatero

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXV Certamen Provincial Escolar “Valentín Andrés” en su Categoría “A” (Ed. Primaria).

Bajo la Presidencia de D. Miguel Zapatero Alonso, y actuando como Secretario D. Humberto Sierra Fernández, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“La vida no es tan complicada”** presentado bajo el seudónimo de **Otoño lluvioso** y que corresponde a **Lucía Hernández Noriega** alumna del **C.P. Santa Bárbara de Lugones**.

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“El brujo de las pesadillas”** presentado bajo el seudónimo de **León Rolando** y que corresponde a **Enol Hernández Pevida** alumno del **C.P. Gloria Rodríguez de Soto del Barco**.





3º.- Se acuerda conceder el TERCER PREMIO, galardonado con un lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: “**¿Dónde está mi calcetín?**” presentado bajo el seudónimo de **Katniss Everdeen** y que corresponde a **María Matilla Nuñez** alumna del **Liceo Mierense de Mieres**.

4º.- Se acuerda declarar DESIERTO el premio CAMÍN REAL DE LA MESA, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día veintisiete de junio de 2017. Y para que conste, firman la presente acta.

1.º Premio Lucía Hernández Noriega
Categoría Escolar A | Lugones

La vida no es tan complicada





Lucía Hernández Noriega

(Seudónimo: Otoño Lluvioso)

2 de Marzo de 2006

Durante el curso 2016-2017 he estudiado Quinto de Educación Primaria en el C.P. Santa Bárbara, de Lugones (Siero), donde resido.

También realizo estudios de inglés y asisto a la Escuela de Música de Llanera, donde estoy matriculada en el Ciclo Avanzado de Lenguaje Musical, así como en Clarinete, nivel 2. También estudio Informática (Office, Power Point, Movie Maker, Pages y Keynote), habiendo elaborado presentaciones y cortometrajes con programas de edición de video.

Me considero una persona tranquila, observadora e imaginativa. Me gusta ir por la vida con una sonrisa, ayudar a los demás en lo que puedo y no me gustan las injusticias.

Entre mis pasatiempos e intereses está la lectura y el judo, escuchar música y aprender canciones en inglés y español, ver series con mis padres y mi hermano, disfrutar de mi familia haciendo rutas en bici y sobre todo adoro las charlas de sobremesa, pasear con mi abuela por Colunga y me encanta divertirme mucho con mis amigos.

He obtenido el Primer premio del Tercer Ciclo en el XXXVI Premio de Poesía Antonio Machado y un Premio Arquímedes a la investigación científica, otorgado por el CSIC.

La vida no es tan complicada

Aquí estoy, sin ninguna idea clara en mi cabeza. Mi mundo está cambiando constantemente y, sin embargo, todavía algunos de mis compañeros me achacan que le doy demasiadas vueltas a todo, que me deje llevar, que soy un tipo muy complicado....Así que ya no sé nada, si soy yo el rarito o es que los que me rodean no tienen ni dos dedos de frente....

El caso es que yo no puedo evitar el sentirme extraño. Desde el momento en que fui consciente de mi existencia, todo ha sido un cambio permanente. Aparecí en una especie de burbuja transparente y entonces pensé:

—“¡Anda, pero si soy una especie de virus!”

Estaba muy ilusionado, esto iba a estar muy bien, iba ser una vida muy entretenida....

Un día, sin saber cómo, desapareció la burbuja y me encontré flotando en el agua, un agua bastante turbia, la verdad sea dicha. Me fijé en que yo tenía una especie de cola y había un montón de tipos muy parecidos a mí. Me dije:

—“¡Así que soy un pez! Bueno, esto también puede estar bien, a ver si tengo suerte y no me pescan pronto, me gustaría ver un montón de lugares. ¿Seré de agua dulce o de agua salada? Fijo que soy de agua dulce porque no creo yo que el agua del mar esté tan poco cristalina. Ahora que lo pienso, la de los ríos tampoco debería ser así.... ¡Oh, no!, esta agua no se mueve, está estancada, ¿cómo voy a ver mundo? ¡¡¡Meneduda faena!!!

No me podía creer mi mala suerte, vaya....Tengo que tratar de ver el lado bueno de las cosas...Si estoy





siempre por aquí, mis compañeros y yo formaremos una especie de gran familia, nos vamos a conocer muy bien unos a otros y eso puede ser genial; además, lo de poder nadar hacia delante, hacia detrás, boca arriba, boca abajo... ¡Sííííí! ¡Ser un pez está muy bien!

Cuando mi vida estaba, por fin, tranquila y relajada, un día empecé a sentir unos fuertes dolores en la cola, justo donde se une mi cola con mi cabeza de pez. Por cierto, no creo que sea ni un pez payaso ni ninguno así un poco mono porque tengo una mala pinta...: soy oscuro, de un color amarronado, bastante poco atractivo, lo único que me consuela es que los que me rodean no son más guapos que yo; creo que somos una vecindad de peces feos, pero bueno, entre nosotros nos lo pasamos muy bien... Bueno, a lo que iba, que me empezó a doler la cola, unos dolores insufribles, pensé que podía haber sido un poco de plancton que había cenado, que ya le había visto yo muy mal color... Al día siguiente, cuando desperté, descubrí la causa de mis dolores: ¡¡me estaban saliendo unas patas entre la cabeza y la cola!!!

—“¿Pero qué sitio es ese para unas patas? ¿Cuándo se vio un pez con patas? De verdad, esto no hay psicólogo que lo arregle.”

Tengo un lío mental.... Las patas seguían creciendo; yo intenté disimularlas, pero era muy difícil pasar desapercibido, todos me miraban como a un bicho raro. Después de unos días, las de atrás empezaron a crecer también, esto ya era el colmo... ¡Un pez de cuatro patas! De verdad os digo que mi cabeza estaba a punto de estallar; ¡con lo integrado que yo estaba! En mi comunidad, nadie va a aceptar a un engendro semejante; y lo de buscar pareja...., ya me puedo ir olvidando; dicen que la belleza está en el corazón, sí, de acuerdo, pero, habiendo miles de peces normales, qué pobre infeliz se iba a fijar en mí... Ya me veía yo condenado a la soledad más absoluta, cuando un día, estando pegado a una roca tomándome un aperitivo de larvas, vi pasar a un tipo con mi mismo problema.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Ya sé que mal de muchos, consuelo de tontos, pero no os podéis imaginar lo que me alegró el día el individuo aquel. A la semana siguiente, estando yo debajo de unas cortezas escondido, sí, escondido de los demás porque, por si tuviera poco con lo mío, se había apoderado de mí un deseo irrefrenable de morderme la cola, me dije:

—“Si me ven haciendo esto, entonces sí que ya me puedo ir haciendo la maleta, porque esta gente me echa de aquí seguro, parece que los oigo decir << Sí, ese, el rarito de las cuatro patas, que sepáis que hace cosas muy extrañas, el otro día lo vi comiéndose a sí mismo>>, y dirán que soy un peligro, que cualquier día los puedo atacar a ellos.”

La cosa es que estaba escondido por esta razón y cuál fue mi sorpresa cuando veo pasar una pandilla de seres como yo, con cuatro patas y nadando tan ricamente, todos felices charlando entre ellos. Se subieron a una roca y salieron a respirar, sí, a respirar. Yo no entendía nada, pero algo me impulsó a salir y a unirme a ellos. No parecían preocupados por su aspecto y, lo que es mejor aún, estaban ansiosos por salir de la charca y explorar los alrededores. Yo los seguí, comprobando que respiraba perfectamente fuera del agua como ellos.

—“¡¡¡Qué maravilla!! Esto es una gozada, puedo estar dentro del agua y fuera también. ¡No tengo límites! Ahora sí que es mi momento. ¡¡¡¡No tengo ni idea de qué espécimen soy, pero lo que está claro es que soy un todoterreno!!!!”

Supongo que vosotros, más avispados que yo, ya sabréis lo que soy. Sí, amigos... ¡¡¡¡Soy una rana!!! Una rana rechoncha, pringosa, con mis ojazos saltones, lo que viene siendo un bellezón.... Por fin todo está claro en mi vida y la verdad es que no puedo ser más feliz.



2.º Premio | Enol Menéndez Pevida
Categoría Escolar A | Avilés

El brujo de las pesadillas





Enol Menéndez Pevida

4 de julio de 2006

Enol Menéndez Pevida nació en Avilés el 4 de julio de 2006.

Vive en la calle Carretera de Avilés, número 5, 1° E, en Soto del Barco.

Estudia en el Colegio Público Gloria Rodríguez, de Soto del Barco. Sus asignaturas favoritas son matemáticas y lenguaje. Le encanta leer y escribir.

Como aficiones, tiene el teatro y la música, en los que participa activamente. Y como deporte, entrena a fútbol desde hace seis años.

Es la primera vez que participa en un concurso de literatura.

El brujo de las pesadillas

Volví a notar la mano sobre mi cuerpo y desperté.

Hacía unas noches que mi hermana y yo notábamos que durante la noche alguien nos miraba y, cuando estábamos durmiendo o medio dormidos, algo nos tocaba. Yo tenía diez años y Sandra, mi hermana, cinco. Dormíamos en la misma habitación, en 2 camas pero, cuando la luz se apagaba y nuestros padres nos daban las buenas noches, Sandra venía a mi cama pues, durante la noche, sabíamos que alguien venía a nuestra habitación.

Esa noche, después de notar la mano sobre la cama, me volví a dormir.

—Tomás, ¿dónde está tu hermana? -Me despertó la voz de mi madre por la mañana.

—No sé, habrá ido al baño o al salón.

—No, ya miré en toda la casa.

Luego, todo sucedió muy rápido. Como si estuviera viendo una película. Mi madre gritando y llorando y mi padre entrando y saliendo de la casa sin parar. Fueron llegando mis abuelos y mis tíos, todos llorando y sin parar de moverse. Más tarde, aquello se llenó de policías que no paraban de mirar por toda la casa y especialmente por mi habitación.

Yo estaba sentado en el salón mirando para todas partes cuando un hombre y una mujer se sentaron en frente de mí.

—Mi nombre es Carmen y él es mi compañero Carlos. Somos de la policía y queremos hacerte unas preguntas.





Otra vez tuve que contestar a las mismas preguntas o parecidas que me habían hecho mi padre y mi madre.

—¿Viste a alguien en la habitación esta noche?

—No.

—¿Notaste algo raro o escuchaste algún ruido extraño?

—No.

—¿Salió tu hermana del cuarto durante la noche?

—No sé.

Yo no me atreví a decir nada del fantasma que venía por las noches a visitarnos y que solo mi hermana y yo sabíamos que existía. Tenía miedo que no me creyeran o pensaran que era invención nuestra.

El día continuó con gente entrando y saliendo de la casa, buscando por todas partes y haciéndome preguntas.

Al llegar la noche, las personas empezaron a marcharse. Solo quedaban mis padres llorando sin parar y mis familiares. Entonces, mi abuela Anita, que ya era muy mayor, se sentó a mi lado y sin mirarme me dijo:

—Tomás, cuando yo era pequeña había una leyenda del “Brujo de las pesadillas” que cada noche visitaba a los niños para darles miedo en sus sueños y que cada cierto tiempo raptaba algún niño, ya que necesitaba sus sueños para sobrevivir. Solo un niño puede ir al hogar del Brujo.

Luego, mi abuela me dio dos besos y se marchó sin decir nada más.

—Acuéstate en nuestra cama -me dijo mi madre al llegar la noche.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

—No, mami, prefiero dormir en mi cama.

—Pero tendrás miedo durmiendo solo.

—No, igual vuelve Sandra y quiero esperarla en mi cama y que no se asuste, si no hay nadie en la habitación.

Mis padres me dieron un abrazo y muchos besos, deseándome felices sueños. Me dirigí a mi habitación, feliz después de desearles las buenas noches, pues sabía lo que tenía que hacer esa noche.

Me metí en la cama, apagué la luz, cerré los ojos y esperé y esperé y esperé... No sé cuánto tiempo había pasado. Me estaba quedando dormido, cuando volví a sentir la mano sobre la cama. Estaba muerto de miedo, pero pensaba en Sandra y no abrí los ojos ni me moví.

No sé lo que pasó, pero cuando me di cuenta estaba en otra cama, en otra habitación. Abrí los ojos poco a poco con mucho miedo. Vi una habitación toda blanca, sin cuadros ni fotos ni pinturas ni nada de nada. Lo que había eran otras camas con más niños dentro. Todos durmiendo. En una esquina, junto a una puerta, vi un hombre todo de negro con pelo muy largo negro también. No le podía ver la cara porque estaba de espaldas. Se movía muy despacio, como en cámara lenta, y de pronto desapareció por la puerta, pero sin abrirla.

Me levanté muy despacio sin hacer ruido y muy asustado. Miré en la cama que había a mi lado, pero no era Sandra. Una niña que no conocía dormía tranquilamente. Seguí buscando en otras camas.

—¡Sandra!, ¡Sandra!, ¡Despierta!

Abrió sus ojitos y despertó.

—Tomás-dijo feliz, y desapareció.





Me quedé sentado muerto de miedo. No sabía qué había pasado ni qué hacer. Entonces, el hombre de negro volvió a aparecer a través de la puerta.

—¿Qué haces, maldito chiquillo? ¡No te acerques a las camas, no despiertes a los diablillos!- gritó con la voz más horrible que jamás había escuchado.

Es el “Brujo de las pesadillas”, pensé, acordándome de la historia que mi abuela Anita me había contado, y necesita el sueño de los niños para vivir, me dije. Corrí a otra cama mientras el Brujo se acercaba a mí muy despacio.

—¡Despierta, despierta!-grité al niño que dormía. Abrió los ojos y desapareció.

Corrí a otra cama mientras el brujo daba voces y luego a otra y a otra. Los niños y niñas iban despertando y desapareciendo. La habitación se iba haciendo más oscura y más pequeña, el Brujo casi no se podía mover y su voz sonaba bajísima.

Llegué a la última cama. Había una niña muy pequeña dormidita. La moví de un lado a otro.

—Despierta, pequeña-le dije.

Abrió sus pequeñitos ojos, sonrió, mientras a mi espalda sonaba un grito horrible y luego todo desapareció.

—¡Sandra! ¡Estás aquí! ¡Has vuelto! Juan, ven, corre, Sandra está aquí-sonó la voz llorosa de mi madre.

Me giré en la cama y estaba otra vez en mi habitación, y allí a mi lado, como cada mañana, estaba mi hermanita.

3.º Premio | **María Matilla Núñez**
Categoría Escolar A | Mieres

¿Dónde está mi calcetín?



María Matilla



María Matilla Núñez

Gijón, 26 de marzo de 2.006

Es la pequeña de dos hermanas.

Con tres años, sus padres se trasladaron de Gijón a Mieres donde comenzó a estudiar en el C.P. Liceo Mierense, centro en el que continúa en la actualidad.

A los cuatro años comenzó su formación musical en la Escuela Municipal de Música, tocando el piano desde los seis años.

Acude a clases de baile desde los tres años (ballet, baile moderno, tahitiano,...).

Fue Superlectora en la Biblioteca Municipal de Mieres en los años 2.010, 2.012 y 2.016.

Entre sus aficiones está la música, bailar, el cine y la literatura.

Le encanta escribir historias, sobre todo fantásticas. Entre sus libros favoritos está la trilogía de “El hogar de Miss Peregrine”, de Ransom Riggs, y la saga “Harry Potter”, de JK. Rowling.

¿Dónde está mi calcetín?

Me desperté agitado, presentía que algo iba a suceder, pero me tranquilicé al sentir a Zog, mi mascota, un perro intergaláctico color rosa claro con motas fosforitas.

Estaba absorto en mis pensamientos cuando mi padre me llamó para desayunar. Al bajar a la cocina, había unos extraños marcianos tomando un café y hablando seriamente con mi madre.

Mi padre me agarró por el brazo y me llevó al salón. Entonces, en voz muy baja, me dijo que venían a hablar con mi madre sobre un robot que había inventado. Pero no me explicó más a pesar de mis ruegos.

En clase, mi profesor don Marco Ciano, al que llamamos profesor Ciano, nos habló de los humanos. Dijo que eran unos seres extraños con unas máquinas muy anticuadas. Descubrí que caminaban sobre dos piernas, como nosotros. También son muy parecidos a nosotros en la cara. También dijo que no viajaban por el espacio de vacaciones, venían a investigar pero muy raramente. Cuando acabó la clase, me sentí decepcionado ya que quería saber más sobre los humanos.

Al volver a casa encontré a mis padres muy emocionados. Sólo me dijeron que comiera rápido y me arreglara. Cuando acabé de hacer lo que me mandaron, montamos en nuestra nave y salimos rumbo al planeta vecino, muy parecido al nuestro, con una tierra de color azul, grandes cráteres llenos de casas bastante pequeñas,...

Aparcamos en el cráter mayor. Cuando bajamos de la nave, todo el mundo empezó a aplaudir y vitorearnos. Me quedé perplejo y más aún cuando mi ma-





dre se dirigió al escenario y subió. Unos guardias nos guiaron a mi padre y a mí hasta el lado opuesto del escenario. Entonces, mi madre empezó a hablar,

—“Estoy aquí para presentar este robot que he inventado. Lo he hecho especialmente para gente como mi hijo Zas, que es muy vago- me sentí agradecido y ofendido a la vez- para hacer todo tipo de tareas, desde ser el mejor amigo a cualquier cosa que puedan imaginar. Puede programar los electrodomésticos y demás aparatos.”

Tras decir esto, mi madre lo encendió y los extraños marcianos que vi en mi casa comenzaron a mandar hacer cosas al robot, sentarse, peinarlos, ... Todo fue muy bien hasta que, de repente, los ojos de la máquina empezaron a ponerse rojos y se tiró al cuello de uno de los marcianos intentando ahogarlo.

En ese momento, mi madre, con la cara roja de vergüenza, y tras pedir disculpas, me agarró de la mano y echó a correr hacia nuestra nave, seguida de mi padre. Este la arrancó y pusimos rumbo a nuestro planeta, Rabatof.

Lo primero que hizo mi madre fue subir a su laboratorio y pensar qué había fallado para arreglarlo. Se pasaba allí horas y horas. Los siguientes días fueron muy tranquilos, salvo por un minúsculo detalle: ¡Los calcetines desaparecían en la lavadora! Esto comenzó a inquietar a los habitantes de Rabatof.

Como quería saber que pasaba con mis calcetines, que empezaban a escasear incluso en las tiendas, metí en la lavadora toda la ropa sucia, salvo esa prenda. Me quedé observándola y, cuando comenzaba a aburrirme, aparecieron unos extraños dientes que se comieron toda la ropa. Tras ver esto, fui corriendo a contárselo a mi madre, que metió más ropa y vio que volvía a suceder lo mismo. Después de meditarlo un rato, escribió una nota, la metió en un sobre y me la dio diciéndome que se la llevara al alcalde. Y así hice.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

El alcalde me recibió con amabilidad. Pero, cuando le di el sobre, se puso nervioso, tanto que casi no podía abrirlo. Cuando, tras grandes dificultades, leyó la carta, llamó a los marcianos. Me dijo que podía irme y que quedaba prohibido usar la lavadora.

En casa, mi madre estaba preocupada, mucho más tras el incidente del robot. Cuando le pregunté qué pasaba me contestó que éste había desaparecido, tras lo cual todos los electrodomésticos parecían haberse vuelto locos. Las luces comenzaban a parpadear, las neveras abrían y cerraban sus puertas, la tele cambiaba de canal continuamente hasta encontrar un programa sobre la fabricación de calcetines, los ventiladores producían más viento de lo normal,...

Mis padres y yo salimos de casa para escapar de los electrodomésticos locos. Pero fuera todo estaba igual. Todo el planeta se reunió en el Cráter Mayor. Mi madre fue a hablar con el alcalde. Pasados unos minutos, este habló:

—“Ciudadanos de Rabatof, tenemos un grave problema. No sabemos el motivo, pero algo ha enloquecido a todas las máquinas de nuestro planeta. De momento, no ha habido daños, pero las máquinas son cada vez más violentas. Para evitar males mayores, de momento, hasta que encontremos la causa y una solución al problema, queda completamente prohibido usar cualquier máquina. Todos deberemos desconectar todos y cada uno de nuestros electrodomésticos, robots...”

Como el problema parecía estar originado por los robots, todos nos dedicamos a buscar al desaparecido. Pasó un día, dos, tres,... hasta que el cuarto día, por la noche, al regresar a casa, vi unas luces brillantes. Me acerqué a ver qué eran: de repente vi al robot. Iba a atraparlo, cuando lanzó un puño de boxeo, que parecía de broma, y me dio en la cara provocando que me cayera y, tras golpearme en la cabeza, me quedé inconsciente.





Mis padres fueron quienes me encontraron, me llevaron en un pájaro, pues las ambulancias también estaban prohibidas (por comerse los calcetines de los pacientes), hasta el satélite hospital más cercano. Eso fue lo que me contaron, pues yo estuve inconsciente todo el tiempo.

Cuando abrí los ojos, me encontré en una cama de hospital con la cabeza vendada. Entonces, recordé que al caer vi al robot con calcetines de bigotes. Normalmente, estas máquinas no llevan ese tipo de prendas. Entonces, le conté a mi madre ese recuerdo. Me dijo que pensaría si eso podía servir para resolver el problema.

Tuve que pasar toda la tarde en el hospital, así que tuve tiempo para pensar en lo que había sucedido. Recordé que don Ciano nos había llevado a una fábrica de calcetines que había cerrado. Posiblemente, los robots estarían allí.

Sin dudarlo, me escapé del hospital y monté en un pájaro para que me llevara a la fábrica.

Cuando llegué, había un grupo de aspiradoras vigilando la entrada. Entre la basura, encontré un horno estropeado, lo vacié y me metí dentro. De esa manera pude entrar con facilidad.

Una vez dentro, el robot que había diseñado mi madre estaba hablando con todos los robots y máquinas: su plan estaba funcionando, casi todos ellos tenían su problema solucionado.

Conseguí salir y corrí a decírselo a mis padres, y ellos al señor alcalde. Este llamó a la policía y al ejército interestelar para atacar la vieja fábrica.

Cuando entraron y acorralaron a todas las máquinas, las vieron muy asustadas. No querían invadir el planeta.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Un ordenador algo viejo fue el primero en hablar. Desde siempre habían sufrido una grave congelación de pies, por eso durante años los calcetines desaparecían misteriosamente de las lavadoras. Eso explicaba una de las grandes cuestiones del planeta: ¿Por qué siempre falta un calcetín? Todo el mundo se había preguntado alguna vez el motivo por el que normalmente uno de los calcetines de cada par desaparecía sin dejar rastro.

Mi madre, sin querer, inventó un robot que podía comunicarse con los electrodomésticos y consiguió ponerlos a todos de acuerdo para conseguir calcetines para tener los pies calentitos. Todo esto fue la causa de su pequeña revolución.

A todos los habitantes del planeta nos dieron pena nuestras máquinas, que durante años habían sufrido una de las situaciones más incómodas: ¡Tener los pies fríos!

Todos estuvimos de acuerdo en perdonarles y el alcalde decidió reabrir la vieja fábrica de calcetines para poder hacer más cantidad de ellos. A mí me nombraron jefe de diseño de la fábrica, pues mi idea de hacer unos calcetines con calentadores automáticos les encantó a todos.

El robot que diseñó mi madre pidió perdón por atacar a los marcianos durante su presentación, y es que en el planeta vecino hacía mucho frío y todo el mundo sabe que cuando se tienen los pies fríos uno se pone de muy mal humor.

En mi planeta, a diferencia del planeta Tierra, nunca más desaparecieron los calcetines.



ACTA DEL FALLO DEL XXV CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS “VALENTÍN ANDRÉS” CATEGORÍA “B”

En Grado/Grau, siendo las veinte horas del día veintisiete de junio de 2017, se reúne el Jurado calificador del XXV Certamen Provincial Escolar de cuentos “Valentín Andrés”, convocado por las Asociación Cultural “Valentín Andrés”, con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, Liberbank y Benfer, formado por las personas:

D^a. Paraíso Álvarez
D^a. María Arango
D. Santiago Cuervo
D. Humberto Sierra
D. Miguel Zapatero

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXV Certamen Provincial Escolar “Valentín Andrés” en su Categoría “B” (Ed. Secundaria y Bachiller)

Bajo la Presidencia de D. Miguel Zapatero Alonso, y actuando como Secretario D. Humberto Sierra Fernández, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, Diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“La muerte y su cuaderno de bitácora”**, presentado bajo el seudónimo de **La Capitana Alalegre** y que corresponde a **Eire Sánchez Frías**, alumna del **IES Carmen y Severo Ochoa de Luarca** (Valdés).

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **“Óscar Halter”**, presentado bajo el seudónimo de **4 of Hearts** y que corresponde a **Andrea Fernández Fernández**, alumna del **IES El Batán de Mieres**.





3º.- Se acuerda conceder el TERCER PREMIO, galardonado con un lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: “**La única que corrió**”, presentado bajo el seudónimo de **Bloom** y que corresponde a **Elisa Palacios Moreta**, alumna del **IES Avelina Cerra de Ribadesella**.

4º.- Se acuerda conceder el premio CAMÍN REAL DE LA MESA, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: “**¿Lo recuerdas?**” presentado bajo el seudónimo de **Samina** y que corresponde a **Haydeé Fernández Álvarez**, alumna del IES César Rodríguez de Grado.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 21:00 horas del día veintisiete de junio de 2017. Y para que conste, firman la presente acta.

1.º Premio | **Eire Sánchez Frías**
Categoría Escolar B | Luarca

La muerte y su cuaderno de bitácora





Eire Sánchez Frías

10 de Octubre de 2001, Luarca
(Seudónimo: La Capitana Alalegre)

Nació el diez de Octubre de 2001 y reside en Luarca, concejo de Valdés (Asturias).

Está graduada en ESO, posee el Título Oficial Delf A2 en Francés, el Título Oficial de Inglés del EOI de Avilés y cuenta con el Grado Elemental de Piano por el Conservatorio del Occidente de Asturias.

Premios y Menciones:

-Primer premio de categoría B en el I Concurso de Cómico Histórico organizado por el IES Carmen y Severo Ochoa, de Luarca.

-Primer premio a la postal navideña organizado por el IES Carmen y Severo Ochoa, de Luarca, dpto. de Francés.

-Primer premio de relato de 2º Ciclo de Primaria en el Colegio Ramón Muñoz, de Luarca.

-Mención por la colaboración especial con la biblioteca en 6º de Primaria en el Colegio Ramón Muñoz, de Luarca.

La muerte y su cuaderno de bitácora

Érase una vez... una chica que se encontró con la Muerte.

No quiero dar lugar a confusiones ni falsas conjeturas o creencias, futuras hipótesis, querido lector. Cuando me refiero a un encuentro con la Muerte, no me dirijo al término “morir”, sino a un encuentro de verdad, cara a cara con ella, con uno de nuestros peores miedos, una de nuestras más temidas pesadillas, nuestra inquietud más profunda. Miedo a lo desconocido. ¡Pobrecilla, si se diera cuenta de la horrible idea que tenemos de ella!

Pero..., ¿es miedo a la Muerte en sí? ¿A si nos dolerá morir? ¿Pánico a no saber qué viene después?

Pero, bueno, no estoy aquí para hablar generalidades, sino para centrarme en el encuentro pasajero con nuestra amiga, caminando por la calle. Yo, Lea, empezaré a contaros mi historia.

Creo que era finales de junio, pues recuerdo que iba ahogada bajo un aplatanante calor. Llevaba conmigo un buen taco de partituras de música y mi violín.

Es cierto que en aquella época, ya estaban finalizando las clases y olía a verano y vacaciones, nadie me quitaba la ilusión del corazón ni la sonrisa de mis labios. Pero tampoco los nervios y la ansiedad que agitaban mi interior aquel día.

Te preguntarás, lector, por qué estaría estresada y cuál sería la razón de mi inquietud, pero sobre todo ¿qué tenían que ver unas partituras de violín bajo mi brazo? Bien, pues es fácil de deducir: aquel maravi-





lloso, pero también ardiente día, me enfrentaba a mi examen final de la escuela de música donde podía desarrollar mi don, el cual me daba el poder de crear y soñar con dulces melodías.

Las gotas de sudor me resbalaban por la frente y corría por las calles de mi ciudad saltando baches, sorteando bancos y árboles, saludando y disculpándome con todo el mundo por las prisas que marcaban aquel ritmo que tan exhaustivo le resultaba a mi cuerpo.

Es cierto que, además de la felicidad, reinaba en mí la zozobra y congoja típica de los estudiantes ansiosos por obtener ese aprobado por el que luchan los jóvenes perseverantes y aplicados.

Tan ensimismada iba en mis pensamientos que no veía por dónde iba. Me había perdido en la canción de la audición, repasando cada compás, cada negra, cada corchea... La melodía sonaba, incluso, tan fuerte en mi cabeza que notaba cómo el barullo de la calle y el tráfico se apagaba. Tan intensa fue que nubló mis ojos y, en ese momento, lo único que escuché a continuación no fue música, fue un estruendo tremebundo; mientras me sentí volar por los aires, temiendo lo peor, caí al escabroso y ardiente suelo, bajo una lluvia de partituras. Noté una quemazón insoportable en ambas manos, los dos brazos y una pierna. La cabeza aún me daba vueltas cuando conseguí sentarme y observar la estrafalaria escena que me rodeaba: el asfalto, decorado con notas, y un gran corro de gente a mi alrededor que no se molestaban en ayudar siquiera a recoger partituras. Lo que más me llamó la atención es que no sabía con qué o quién había chocado. Miré en todas direcciones en busca de algo que pudiera darme una pista para ayudarme a razonar, cuando una voz, no sabría decir ni siquiera ahora si grave o aguda, ronca o suave, pero sí amable, me dijo detrás de mí:

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Entorné la cara para ver mejor la figura que se alzaba a mí espalda, pero solo podía distinguir una sombra grande e impertérrita, ya que la brillante luz me daba de lleno en los ojos.

Me levanté poco a poco, intentando no pensar en el dolor que me producían mis heridas y quemaduras, hasta que me coloqué en una postura donde la sombra jugaba a mi favor y me permitió ver la cara de la causa de mi peripecia.

Las únicas características que puedo describirte y que sean plausibles que pueda darte, querido lector, son que era una persona alta e imponente. Y te preguntarás: “¿De verdad? ¿Solo eso?” Pues sí, solo eso, ya que en ese mismo momento no supe decir, quizás a causa del aturdimiento que aún reinaba en mi testa, si era un hombre o una mujer, si era un anciano o una persona joven. Lo único que recuerdo con claridad de semejante figura eran sus brillantes ojos plenos de perspicacia y sabiduría, de mirada longeva, y sus rasgos afilados que no definían ni su sexo ni su edad.

—¿Estás bien?— volvió a preguntar aquel extraño ser.

—Sí, o eso creo— respondí, aún mirando hacia otro lado lanzando pequeños gemidos de dolor al comprobar cómo la sangre recorría mis heridas y me quemaba la piel.

—¿Quieres que te ayude?— volvió a cuestionar, inclinándose hacia mí, servicial.

—¡Oh, no, por favor! La culpa ha sido mía, disculpe, es que gran parte de mi vida la vivo en mi mundo y... no pude acabar.

—Lo sé— me interrumpió.

¿Cómo que lo sabía? Si era un total desconocido y acabábamos de encontrarnos..., chocarnos...





Noté cómo un escalofrío recorría mi espalda hasta llegarme a la boca en forma de palabras interrogantes, cuando me tendió un tacado de hojas perfectamente ordenadas.

—Toma, esto es tuyo— pronunció estas palabras como si me estuviera obsequiando con un regalo.

Lo hizo con tanta tranquilidad que toda inquietud desapareció de mi cuerpo, pudiendo darle las gracias con tan solo un hilo de voz.

Se dio media vuelta y comenzó a dar pasos lentos y largos, dando a entender que se marchaba, cuando me percaté de la presencia de un cuaderno con tapas de cuero, antiguo, pero brillante, lustroso, medio abierto en el suelo.

Llegué a la conclusión de que sería de aquel ser desconocido que se estaba alejando, dando la sensación de que podía levitar.

—¡Espere!— le llamé, pero ni siquiera se inmutó, no se giró y siguió caminando hasta desaparecer.

Barajé la opción de llevar aquella extraña libreta a la comisaría para que buscasen a aquella persona y se lo devolviesen, pero, para entonces, yo aún era joven y la curiosidad me pudo. Me senté en un banco y abrí aquel diario con la huella del tiempo en cada una de sus páginas, rasgadas y amarillas, dobladas en su gran mayoría.

No daba crédito a lo que veían mis ojos. Pasé hoja tras hoja y observé hipnotizada el valioso contenido de aquel tesoro.

Había dibujos y escritos sobre todo tipo de monumentos e historias, como los impetuosos ejércitos de los espartanos, mitos griegos, pagodas chinas, numerosos mosaicos de mil y una culturas, textos narrando el amor furtivo entre la esposa de un sultán y un abencerraje en el Generalife de la Alhambra, las siete ma-

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

ravillas del mundo antiguo,... Pero también aparecían los numerosos problemas de las antiguas sociedades, las destrucciones de numerosas obras de arte, plagios de inventos, La Santa Inquisición, las Guerras Mundiales, el Holocausto,...

Estas últimas imágenes e historias consiguieron arrancarme algunas lágrimas, impidiéndome contener la rabia dentro de mí al ver tanta injusticia. En ese instante, alguien me dio un pañuelo.

—Toma— me dijo una extraña voz que me resultaba familiar.

Me sobresalté al ver a mi lado al extraño ser con el que había colisionado, y cerré su cuaderno.

—Esto es suyo, se le cayó cuando me tropecé con usted y...

—No hace falta que me des explicaciones. Yo lo sé todo de la vida, Lea— me interrumpió.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Acaso trata de engañarme con historias fantásticas para dedicarse a espiarme y...?

—No. Te responderé rápido, pero primero tienes que relajarte.

En aquel momento me parecía una tarea ardua de ejecutar, pero conseguí paliar un poco mis nervios.

—¿Sabes quién soy?— me preguntó— Mírame a los ojos. Esto que llevo aquí es mi cuaderno de bitácora y no me he inventado ninguna historia. ¿Quién puedo ser más que un viajero solitario que se dedica a ayudar a los demás a realizar su último viaje, el más largo de su vida y del que no hay retorno?

Creí que se trataba de una indirecta, hasta que volví a mirarle a los ojos y la certeza y la inquietud





me invadieron. Me quedé pálida y aquel ser, al ver mi reacción, me envolvió en su oscuro chaquetón.

Me puso una mano en el hombro y me embargó una gran sensación de tranquilidad y paz, y el color volvió a mis mejillas. Fue entonces cuando comprendí que no debía tener miedo, porque a su lado me sentía bien, extrañamente cómoda. Lo miré y su mirada se clavó en la mía transmitiéndome absolutamente todo. Sus ojos brillaban como si fueran dos estrellas.

—¿Cómo puedo llamarte?

—Tengo muchos nombres, pero se me conoce más bien por Muerte— pronunció esta última palabra mientras en sus pálidos labios se dibujaba una extraña sonrisa. No pude evitar sonreír yo también.

—Viajar. Me encantaría viajar contigo. ¡Por favor, llévame a esos lugares tan maravillosos!

La Muerte me sorprendió con una amplia carcajada y me respondió:

—Entiendo tu joven entusiasmo, pero aún no ha llegado tu momento. Céntrate en tu alrededor, en la vida,... ¡Qué curioso es el ser humano, tanto me teméis como me deseáis! Por cierto, siento lo del suspenso, es culpa mía.

—¿Qué suspenso...?— intenté preguntar, pero ya se estaba volviendo transparente y lo último que pude escuchar fue:

—Espero que disfrutes mucho de todo hasta que volvamos a vernos, y puedes quedarte con el cuaderno de recuerdo, pero sobre todo recuerda que siempre estaré a tu lado y no soy un problema, ni tampoco una solución: soy una amiga.

Se esfumó y el viento se terminó de llevar su aura mágica.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Me quedé sentada en el banco intentando razonar qué había pasado, con el cuaderno de bitácora de la Muerte sobre mi regazo.

De pronto, me vino como un “flash” a la mente. ¡El examen! Me puse en marcha rápidamente, llegué tarde y me suspendieron por no asistir a la prueba a tiempo.

Muchas décadas después, me encontraba sentada en el sofá de mi casa a finales de agosto, dormitando bajo el intenso bochorno que marcaba el fin del verano.

Numerosas fotos, discos y grabaciones se apilaban en mis estanterías demostrando un pasado arraigado a una gran carrera musical y conciertos por todo el mundo. Mi violín estaba en un pequeño altar, corroído por el paso de los años. De pronto, alguien picó a la puerta.

Me levanté del sofá, con el cuaderno de bitácora en una mano, gruñendo debido a que habían interrumpido mi agradable siestecilla.

Observé por la mirilla de la puerta quién se hallaba al otro lado. Solo pude percibir una oscura sombra, pero no distinguía nada más. Como era también de naturaleza desconfiada, pregunté antes de abrir:

—¿Quién es?

Al otro lado de la puerta, una voz ni ronca ni suave, pero sí amable, me respondió:

—Alguien con quien un día quisiste dar la vuelta al mundo.

Abrí la puerta inmediatamente de par en par con el rostro surcado de lágrimas de emoción. Y allí estaba, esperándome, la Muerte.

—¿Aún quieres viajar?— me preguntó tendiéndome la mano y sonriéndome mientras los ojos le echaban chispas.





Abracé su cuaderno de bitácora, le di la mano, asentí y me fui con ella a ver las pirámides de Keops, los Jardines Colgantes de Babilonia, la batalla de La Maratón, La Gioconda de Leonardo Da Vinci,...

Me encontraron al día siguiente en el sofá. Tenía una sonrisa plácida de noventa años. El cuaderno de bitácora había desaparecido. Pero mi mejor regalo en esta vida fue poder ver así a la Muerte.

2.º Premio | **Andrea Fernández Fernández**
Categoría Escolar B | Mieres

Óscar Halter





Andrea Fernández Fernández

28 de Marzo de 2000, Mieres
(Seudónimo: 4 of Hearts)

Nace en Mieres (Asturias) el veintiocho de Marzo de 2000. Actualmente reside en Rioturbio- Mieres.

Durante el curso 2016-2017 estudia Primero de Bachillerato de Ciencias Sociales en el IES El Batán, de Mieres. Además estudia inglés en la academia Fun-ny English.

Sus principales aficiones son el cine, la música y la lectura, además de practicar regularmente la natación.

Participaciones en Certámenes Literarios:

-Participación en la iniciativa Punto y seguido con Leonardo Padura del programa cultural Toma la palabra, organizado por la Fundación Princesa de Asturias, en 2015.

-Participación en la iniciativa La aventura de los clásicos con Mary Beard del programa cultura Toma la palabra, organizado por la Fundación Princesa de Asturias, en 2016.

Óscar Halter

Los abuelos de Lauren habían salido de compras y ella decidió ponerse a investigar.

Lo primero que hizo fue encargarse de la planta superior, donde está uno de los dos cuartos de baño que hay en la casa y los siete dormitorios. Al principio, había tres cuartos de baño y seis dormitorios pero, cuando los señores Porter compraron la casa siete años atrás, creyeron conveniente eliminar uno de ellos y construir en su lugar otra habitación para cuando toda su familia fuera a visitarles por las fiestas de Navidad o Año Nuevo. Aunque la verdad es que casi nunca consiguen reunirse todos. A la señora Porter esto la pone triste a veces, pero luego el señor Porter le dice que sus hijos no pueden visitarles porque tienen que trabajar y que eso es buena noticia, porque quiere decir que su trabajo va bien y que no van a tener que preocuparse porque los despidan o algo parecido. Entonces, la señora Porter se queda más tranquila y vuelve a sonreír, aunque yo creo que realmente sigue estando triste.

El caso es que a Lauren la casa de sus abuelos siempre se le había antojado demasiado grande y vieja como para que no escondiera ningún secreto interesante entre sus paredes y nunca perdía la oportunidad de recorrerla de arriba abajo buscando cosas pertenecientes a antiguos propietarios que estos habían dejado abandonadas u olvidadas. Y, pese a que sus abuelos habían desmentido una y mil veces los rumores que circulaban en el barrio sobre el enorme caserón, Lauren no perdía la esperanza de encontrarse con el fantasma que, según dichos rumores, habita en la casa.

Pero yo creo que es mentira. Llevo viviendo aquí desde siempre y nunca he visto al famoso fantasma ni nada parecido.





Había transcurrido cerca de una hora y Lauren solo había recorrido cuatro de los seis dormitorios. Entonces pensó que, si había invertido tanto tiempo solo en investigar parte de la planta superior, no podría ni acabar de verla entera antes de que llegaran sus abuelos y, cuando eso pasara, la investigación habría concluido.

A la señora Porter no le gusta que la gente descoloque las cosas que ella tan cuidadosamente tiene guardadas en los armarios y todo el mundo sabe que, si de verdad quieres investigar un sitio a fondo, una de las actividades obligatorias que hay que realizar es mirar en los armarios y, por lo tanto, descolocar algunas cosas en el proceso.

Debido a las grandes dimensiones de la casa, a Lauren nunca le había dado tiempo a investigarla en su totalidad y en aquella ocasión no estaba dispuesta a que aquello le volviera a ocurrir, de modo que llamó a Jasmine, quien se mostró encantada de poder hacer cualquier otra cosa que no fuera quedarse en su casa y hacer los deberes de matemáticas.

Jasmine vive a tres casas de la de los señores Porter (nunca he ido a su casa, pero sé donde vive porque ella se lo dijo a Lauren cuando se conocieron) y es una de las amigas que Lauren tiene en el barrio de sus abuelos. Siempre que Lauren viene de visita a la casa de los señores Porter, la llama por teléfono para ir a dar un paseo o ir a la piscina o al cine, pero no estoy muy seguro de que a Lauren le caiga realmente bien, porque hubo una vez en la que Lauren se trajo a dos amigas que van a su colegio y, en los cuatro días que estuvieron en casa de sus abuelos, Lauren no llamó a Jasmine para ir con ella de paseo, a la piscina o al cine, sino que fue con sus amigas, así que por eso no puedo asegurar que a Lauren le caiga realmente bien Jasmine.

Pero a mí sí que me cae bien. Me parece buena persona, aunque tal vez se preocupe demasiado por lo que los demás puedan pensar de ella y por eso,

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

cuando Lauren la llama para salir, siempre le dice que sí, para que Lauren no piense que la está dejando de lado o que ya no quiere ser su amiga o algo parecido. La verdad, no lo sé.

A veces pienso que tal vez deba contarle a Jasmine lo de Lauren y sus amigas del colegio, pero la verdad es que nunca me he atrevido a decir nada sobre el tema.

Yo estaba mirando los rosales de la señora Porter, cuando vi a Jasmine encaminarse hacia la entrada de la casa y decidí acompañarla tras resolver que ya miraría los rosales más tarde.

Los rosales de los señores Porter son los más bonitos del barrio, porque ella los cuida muy bien y se levanta todas las mañanas a las ocho en punto para recortarlos y evitar que crezcan demasiado. La señora Porter me cae muy bien. No le importa que la gente entre a mirar sus rosales siempre y cuando no los estropeen, cosa que a mí me parece perfecta, porque me encantan sus rosales. Sí, me encantan. Creo que podría pasarme el día entero mirándolos y no me cansaría.

Jasmine llamó al timbre y yo me quedé detrás de ella hasta que Lauren abrió la puerta y ambos entramos.

Tras una breve conversación en la que Jasmine comentó que este año iba muy mal en matemáticas y Lauren estuvo de acuerdo en que a ella tampoco le gustaban, subimos al piso de arriba para seguir rebuscando en los armarios.

Después de un buen rato sin encontrar nada realmente interesante, Lauren encontró una llave.

Al parecer, haber encontrado la llave supuso un descubrimiento muy importante, porque Lauren corrió escaleras abajo sin decirnos nada, se dirigió a la puerta del sótano y la abrió.



Jasmine dijo que aquella era la primera vez que veía la puerta del sótano abierta y yo quise decir que estaba totalmente de acuerdo, porque yo llevo viviendo en este sitio más tiempo que ella y esa también era la primera vez que iba a ver el sótano de la casa de los señores Porter, pero luego Lauren empezó a decir que ella tampoco había bajado nunca y me pareció de mala educación interrumpirla, así que no dije nada.

Lauren le dio al interruptor de la luz, pero se encontró con que este no funcionaba, así que tuvo que encender la linterna de su móvil para poder bajar al sótano.

Jasmine no estaba muy de acuerdo con la idea de bajar con tan poca luz, pero a Lauren le dio igual.

—Si no quieres bajar, espérame aquí—dijo—. Yo volveré enseguida.

La verdad es que a mí la idea de ir al sótano tampoco me gustaba demasiado, pero, cuando Lauren empezó a bajar las escaleras y Jasmine la siguió, decidí bajar para no quedarme solo. Estar solo es un asco.

Como la casa es tan vieja, supongo que esperaba encontrarme un sótano tenebroso y lúgubre propio de las mansiones de las películas de terror, pero lo cierto es que el sótano de los señores Porter está muy bien arreglado y tiene estanterías y un montón de cajas de cartón esparcidas por todos lados.

Lauren le dio el teléfono a Jasmine mientras ella se disponía a abrir una de las cajas.

—Mira— dijo—. Seguro que aquí dentro hay un montón de cosas viejas de los tipos que vivían en la casa antes que mis abuelos.

Y se puso a sacar un montón de cosas como periódicos viejos y revistas y, cuando se quiso dar cuenta, ya había vaciado la caja sin encontrar nada de su in-

terés en ella. Y mientras ella y Jasmine se dedicaban a abrir el resto de las cajas, yo empecé a observar las estanterías, que estaban repletas de herramientas.

—¡Eh!— exclamó Lauren al rato—. He encontrado unas fotos. Creo que es la familia que vivía aquí antes que mis abuelos. le dio la vuelta a la fotografía y se la enseñó a Jasmine—. Mira, aquí pone escrito “Los Walker”.

—Oh, sí— dije mientras cogía una llave inglesa y le daba vueltas entre mis manos—. Yo conocí a los Walker. Son muy buenas personas. A veces Sue, la hija pequeña, y yo jugábamos al escondite. Nos lo pasábamos muy bien. Pero el perro no me gustaba. Tenían un pastor alemán, ¿sabes? Siempre que me veía se ponía a ladrar como un loco. No sé por qué. Los Walker se mudaron porque Sue les dijo que tenía un amigo invisible que jugaba con ella a veces, y a ellos eso les preocupó mucho. Qué cosas tienen los niños, ¿verdad? Inventarse amigos invisibles...

—¿Y si se fueron por el fantasma?— preguntó Jasmine como si no me hubiera oído—. Tal vez vieron al fantasma, se asustaron y se fueron.

—No digas tonterías— dije yo—. Los fantasmas no existen.

—¿Tú también crees que esa historia es cierta?— Lauren dejó la foto encima de una de las cajas y se volvió hacia Jasmine—. Porque mis abuelos dicen que es mentira, pero hay veces, cuando se va a hacer de noche, que me parece ver a alguien mirando los rosales del jardín. Ya se lo he dicho a mis abuelos, pero ellos no me creen. Dicen que seguramente es una sombra o algo así, pero te juro que parece una persona. Y respecto a la historia del fantasma, no quieren saber nada de ella. Dicen que Óscar Halter no existe, que es solo un rumor que la gente se ha inventado porque están demasiado aburridos.





—¿Qué has dicho?— pregunté de golpe. La llave inglesa se me resbaló de las manos y cayó al suelo haciendo un ruido que debió sonar tremendamente estrepitoso pero que, curiosamente, yo casi no percibí. ¿De qué rumor estaba hablando? ¿Por qué había dicho Lauren que yo no existo cuando llevo conociéndola desde la primera vez que vino de visita a la casa de los señores Porter? Lauren y Jasmine pegaron un grito al oír el ruido y empezaron a subir las escaleras corriendo. ¡Oye, espera!

Conseguí salir del sótano en el momento justo en el que Lauren cerraba la puerta de una patada y, cuando iba a preguntarle de nuevo por qué había dicho aquello, Lauren y Jasmine echaron a correr hacia la puerta y después siguieron hasta llegar a la verja del jardín.

Yo las seguí, pero nada más atravesar la verja aparecí de nuevo en el salón de la casa de los Porter. Y entonces me sentí muy raro, como si estuviera flotando o algo parecido, y me senté en las escaleras del porche porque no sabía qué otra cosa hacer; he estado pensando en ello hasta ahora.

No sé por qué siempre que intento atravesar la verja aparezco en el salón. Lo he intentado muchas veces, pero al final siempre pasa lo mismo. Es una cosa muy rara.

Me levanto y me acerco a los rosales de la señora Porter.

Mientras los observo, pienso en por qué Lauren cree que no existo. Tal vez sea una broma. No lo sé.

Acaricio las rosas con una mano. Realmente los rosales son muy bonitos. Creo que podría pasarme días enteros mirándolos y no me daría ni cuenta.

3.º Premio | **Elisa Palacios Moreta**
Categoría Escolar B | Ribadesella

La única que corrió





Elisa Palacios Moreta

2002. Ribadesella
(Seudónimo: Bloom)

Nació en 2002. Vive en Ribadesella, donde es estudiante de ESO en el IES Avelina Cerra. Sus aficiones son escribir, dibujar y actuar con su grupo de teatro.

Entre otros reconocimientos, se hallan:

- Segundo Premio en el “X Certamen Poético “LA FONTE DEL CAI”.

- Segundo premio en el XVI Concurso Literario de Redacción “Fundación Marino Gutiérrez Suárez”.

- Algunos de sus poemas han sido seleccionados para formar parte de las antologías VERS.O.S IV y Ellas.

Cree que la literatura tiene que servir para tomar conciencia de los problemas de nuestro mundo y debe centrarse en el momento de la vida en el que se está. Por eso sus personajes son muchas veces adolescentes angustiados y comprometidos.

La única que corrió

No siempre he odiado la música. O el olor a tierra. O los días con nubes.

Había un tiempo en el que no lo hacía. En el que, despacio, mis pies se encaminaban hacia la orilla. Siempre volvían a la orilla. Y enredada en arena, y la arena soplada hacia mí, jugaba a que podía controlar el agua. Y las nubes me sonreían desde arriba y yo les devolvía el gesto cortésmente.

No siempre he odiado ponerme calcetines. Aunque, ahora que lo pienso, sí. Quizás solo trato de crear excusas para convertirme en lo que era antes. En lo que todos creían que era antes. Algo sin odio, algo lleno, luz, algo vacío, algo normal.

Camino por la carretera. Mis pies están descalzos. Sin calcetines.

Hay pocas cosas amontonadas en mi mochila. Un cuaderno, colores, lápices. Doce euros con treinta y dos céntimos. Una carta, una flor mustia, un marcapáginas y un libro. Pero en realidad el cuaderno es una mariposa de papel, y los colores y lápices son un bosque perdido. Las monedas retintinean con ansia, tratando de escaparse de su jaula. La carta y la flor están bailando. Y el libro no es un libro.

Un coche se acerca. Lo oigo en mis venas. Los pies descalzos se me erizan. El pelo me tira de la coleta que lo somete. Seguramente sea un coche caro, o demasiado limpio. Lo sé por su velocidad. No va rápido, no quiere levantar polvo para ensuciarse el capó. Un coche demasiado presumido para una carretera en medio de la nada, rodeada tan solo de arena roja. Arena que ahora se aleja de mí, como si yo diese miedo. El motor ruge. Me aparto. La ventanilla se abre.





— ¿Necesitas que te lleve a algún sitio?— Voz ronca, caída. No recuerdo su cara. Su cara no es importante. Él no es importante.

— No.

— ¿Qué hace una niña sola en medio de la carretera?

— Caminar.

— El pueblo más cercano está a veinte kilómetros. ¿Te has perdido? — Parece uno de ellos. Seguramente sea uno de ellos.

— ¿Parezco perdida? — Mi voz va llena de odio, de asco. Temo que mi saliva salga de entre mis dientes y manche su coche; pero luego recuerdo que no ha de importarme. Nada ha de importarme.

Él arranca. Me llena de polvo. Por lo menos la arena no se aleja de mí esta vez. Me abraza como un único abrigo de piel. Y vuelvo a estar sola.

Nada ocurre cuando camino. Solo camino. De vez en cuando miro con desprecio al cielo, buscando las repugnantes nubes, inhalando el aire plumizo que han escupido otros. Temo ver un espejo en el cielo, que estúpidamente las nubes se abran; y verme a mí misma. Cómo soy, cómo siento. Como una flor que se abre al mundo y que todos pueden admirar y odiar. Casi no hay plantas alrededor de la carretera, quizás unas pocas hierbas secas esperando la piedad de alguien dispuesto a compartir agua. En cuanto a mí, no tengo sed. No suelo tener sed. Pasan un par de coches más, pero ninguno se para.

Los recuerdos se amontonan en mi cabeza. Como mosquitos indefensos y caníbales que se muerden unos a otros para evitar hacer mucho daño.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

volver. Un pueblo pequeño, lleno de lenguas bastas, de salivas, de dientes podridos. El Hogar de las Bocas Salvajes. El chisme convertido en leyenda y la leyenda bañada en la verdad. Y una niña en una bañera llena de su propia sangre. Ahogándose con el mar que sale de las cuencas vacías de sus ojos. Pálida, ciega. Con los ojos en el lavabo y los dedos cortados en el váter.

El miedo es poder.

Infligir miedo es poder.

El cuarto coche casi se detiene, para variar. Es una vieja furgoneta blanca. Y dentro hay una chica. De mi edad, quizás un poco más mayor. Con los años suficientes para conducir una furgoneta prestada de sus padres, probablemente con un límite de gasolina diaria.

Creo que es guapa. Creo que ella sí es importante. Lo siento. Como si fuese un sexto sentido para juzgar a las personas: la hipocresía y falsedad hecha superpoder.

La camioneta desciende su velocidad. Ella no dice nada. Yo tampoco. La miro de vez en cuando durante unos cinco minutos, de reojo.

El miedo es poder. La vergüenza es inestabilidad. Un camino en una cuerda floja. No te caigas. No te caigas, no te caigas. Y los pies de la niña resbalan con el suelo de la bañera sangrenta. No es tan buena idea tratar de levantarse. Y duerme entre la sangre.

No sé lo que está haciendo. No sé lo que estamos haciendo. Pero se siente bien. Yo caminando. Con ella a mi lado. Sé que me está mirando. Pasa un rato más. Suspira. Mira al frente. La miro fijamente. Suspira. Me mira. Sonríe.

— Sube.

Subo. La puerta está fría. El asiento está caliente. Mi mochila reposa junto a mí, entre mis piernas. Mi





vestido de flores destaca entre el blanco perdido del coche.

Sonríe. Y pone música.

Quizás sea lo peor que podría haber hecho. Las palabras martillean en mi cabeza, los mosquitos se alteran. Chocan unos contra otros, nerviosos. Recuerdan. Y deciden cometer una especie de suicidio colectivo. Negar el pasado, apuñalándose unos a otros por la espalda, como verdaderos amigos. Las notas, opacando los sentimientos y la memoria, me balancean. Hay canciones odiosas que debería tratar de amar. Para sentirme más humana.

— ¿A dónde vas?

— A donde quiera que me lleves. - Respondo. No necesito nombres, no necesito nada. Ni ciudades, ni calles, ni bares. Necesito un hogar, un hogar que no deseo. Pero del que igualmente no puedo prescindir. Encontrar cuatro paredes es demasiado difícil.

La miro. Sonríe. Lo sabe. Cuando aparto la mirada, ya he visto sus ojos azules. Su peca sobre el ojo. Las cejas mal peinadas. El cabello negro y corto despeinado.

— Es un destino muy poco rentable. - Susurra. - Las tarifas son altas.

Me aparto un cabello castaño de los ojos, y miro al horizonte.

— Lo suponía.

Aprieta los nudillos en el volante. Huele a polvo y metal.

— ¿Quién eres? — Pregunta.

Pero no estoy preparada para responder. No quiero responder.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

— No te importa.

— Sí me importa.

Suspiro. Me mira. La miro.

— ¿Por qué? — Inquiero.

— Porque sí. — Miente.

— ¿Por qué no puede no importarte? — Susurro.
Vuelvo a colocarme ese pelo detrás de la oreja.

—Sería más sencillo.

Mira hacia el frente. No hay nada interesante ahí. Salvo una carretera que casi no tiene que mirar para conducir y un montón de esas plantas secas. Pero se fija en todo. Y yo miro los detalles y huecos de su rostro. Tiene una nariz extraña, torcida, pequeña y eclipsada por unas pestañas largas como patas de araña.

— No sé cómo puedo hacer para que no me importe algo que me importa.

— Suele pasar.

Me mira. Trago saliva.

— ¿En serio?

— No lo sé.

— Ah.

Los mosquitos se revuelven inquietos. Demasiados recuerdos. Veo de nuevo a la niña en la bañera. Tratando de alargar sus amputadas manos para alcanzar sus ojos. Cuando se da cuenta de dónde está. Está en todas partes, todo el tiempo. Está dondequiera que el dolor esté. Encerrada en un túnel de cámaras de fotos, se retuerce. Una chica desnuda en busca de un poco





de atención. Que finge que el miedo no da miedo. Y sonríe y trata de coger una botella con sus manos sin dedos. Cuando la alcanza, el alcohol alivia las cuencas de sus ojos. Sonrisa sin dientes. Nada parecida a la sonrisa de ella.

Chica de Ojos Azules se remueve inquieta. Llevamos aquí metidas menos de una hora. Y se siente bien. Se siente muy bien estar a su lado. Como si nada fuese real. Es una sensación francamente increíble, saborear la incertidumbre de lo que ya sabemos que ocurrirá. Cabalgar hacia el infinito. Dejar atrás el Hogar de las Bocas Salvajes. Probablemente no vuelva allí nunca. Ojalá hubiera podido decirles a todas las personas que fingía amar antes que las odio en realidad. Que nada es suficiente. Que el alcohol se acaba. Que los cigarros queman. Y que los cuchillos de mantequilla dulce sirven para sacar ojos.

— ¿Qué te ocurrió? — Chica de Ojos Azules se rasca la nariz. La miro. Me mira de reajo.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Por qué estás en medio de la Nada?

Miro a la Nada.

— Porque soy nadie. Nací muerta. Maldita. Y a veces la Nada es preferible al ruido del cristal roto.

Nos quedamos un rato en silencio. Mucho rato. Que parecen segundos. En silencio. Sentadas en la misma posición, sin mover ni un músculo. Mirándonos de reajo de vez en cuando. Hasta que el atardecer lo mancha todo y ella me mira.

— Soy jodidamente invisible. — Susurra con su voz ronca, su voz perdida. Y nos besamos. Y hacemos el amor en una camioneta blanca sin nombre. En medio de la Nada, a mucho más que a veinte kilómetros del Hogar de las Bocas Salvajes.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Lejos de aquí, la niña tiembla. Desnuda, mutilada. Tiembla y las cámaras de fotos explotan. Las lenguas se caen de las Bocas Salvajes. Dedos y ojos pegados con pegamento. Una mochila con un cuaderno, colores, lápices. Doce euros con treinta y dos céntimos. Una carta, una flor mustia, un marcapáginas y un libro. Un libro que nunca fue un libro. Y es la única que corre.

¿A dónde va? Ojalá lo supiera. Viaja al infinito. Huyendo de lo que da miedo. Con Chica de Ojos Azules y todas esas cosas. Con cadáveres de mosquitos en la cabeza, que ya no hacen tanto ruido. Con doce euros y treinta y dos céntimos para una tarifa de una camioneta blanca en la que, una vez, dos desconocidas se amaron.

La niña se ha ido. Y todo ha terminado.

El telón se baja, la música se acaba. El alcohol y el tabaco no son eternos. El dolor tampoco.

A veces, solo hay que correr.



Premio Haydeé Fernández Álvarez

Camín Real de la Mesa | Grado

¿Lo recuerdas?



Marta



Haydeé Fernández Álvarez

(Seudónimo: Samina)

Estudio en el IES César Rodríguez, de Grado (Asturias), donde resido.

Me encanta escribir relatos y lo hago regularmente, También, algo que tal vez os parezca extraño, me divierte y sé coser. También suelo practicar deporte a menudo.

Entre mis gustos está la pintura, la fotografía y la música. También me encanta cocinar.

Ah, y me chiflan los animales.

¿Lo recuerdas?

Abro los ojos poco a poco y la claridad me da directamente. Pestañeo varias veces y lo primero que veo es una mujer que me mira sonriendo y con los ojos llorosos. Cuando consigo abrirlos del todo, ella me abraza.

— ¿Dónde estoy y quién es usted?— Pregunto con una voz más ronca de lo que esperaba.

Antes de que pudiese decir nada, un señor de bata blanca entra por la puerta.

— ¿Dónde estoy?, ¿qué hago aquí?— Pregunto asustada. No recuerdo nada.

— Eres Ana, mi hija, y estas en el hospital, acabas de despertarte de un coma. ¿No me recuerdas? — Al oír esas palabras, niego con la cabeza y ella se pone a llorar.

— Lo siento mucho. pero su hija se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza y sufre amnesia anterógrada, también llamada amnesia a corto plazo; además, tardará varios meses en volver a caminar. El accidente la ha afectado demasiado. — Dijo el médico.

Su móvil comienza a sonar, se disculpa y sale al pasillo.

Durante las siguientes horas, mi supuesta madre me estuvo explicando quién era mi familia, mis amigos y demás personas cercanas a mí. Cuando acabó de explicármelo, el médico entró en la habitación y dijo que cuando quisiera podía irme a casa. Dos enfermeras entraron con una silla de ruedas que, cuando llegase a casa, tendría que devolver al hospital.





Recogimos todas las cosas y nos fuimos a mi supuesta casa. Por el camino le pregunté a mi madre varias veces a dónde íbamos y de dónde veníamos ya que al pasar unos minutos se me olvidaba todo, menos la persona que tenía a mi lado. Al cabo de unos minutos, me señaló la casa. Parecía antigua, como si varias personas hubiesen vivido allí durante muchísimos años. A su derecha, había una igual, y a su izquierda, una que tenía un aspecto derruido y abandonado, o eso creía yo.

Tardamos varios minutos en salir del coche porque tenía que colocar la silla de ruedas y demás. Al entrar en la casa, por una extraña razón, recordaba ese olor. Todo estaba en perfecto orden y las cosas estaban colocadas a mi disposición. Al acabar de colocar la ropa que había traído del hospital, nos miramos a los ojos.

— No sé cómo preguntártelo, por miedo a tu respuesta, pero ¿cómo acabé en el hospital? — Pregunté con voz entrecortada.

Tragó saliva, como si se le hiciese un nudo en la garganta, y agachó la cabeza.

— Tuviste un accidente de coche, pero no quiero hablar de ello, fue muy duro para mí y para tu familia. Has estado diecisiete meses en coma y todo el mundo preguntaba por ti, por eso siempre intentaba ir de casa al hospital y del hospital a casa, para evitar encontrarme con gente conocida.

Me hubiese gustado llorar o tener algún tipo de sentimiento al oír esas palabras salidas de la boca de mi supuesta madre, pero no fue así. Tras varios segundos en completo silencio, levantó la cabeza y me lanzó una pequeña sonrisa.

— Bueno, voy a hacerle la cena a tu hermanito. ¿Estarás bien aquí sola o quieres venir con nosotros? — Preguntó con la esperanza de que la acompañase, pero creo que será mejor quedarme sola para hacerme a la casa.

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Tras despedir a mi madre, me bajé lentamente de la silla y me dirigí al sofá. Al sentarme en él, mi vista se quedó clavada en un punto fijo durante minutos sin pensar en nada. Para cuando volví a la vida real intenté recordar cómo era mi vida antes del accidente; de repente, vi a un chico de unos veintidós años apoyado en la ventana de la casa que yo daba por abandonada fumando. Al percatarse de que lo estaba mirando, apagó el cigarrillo y se metió dentro.

Pasaban los meses y la amnesia iba a más, mientras que mi madre apenas venía a visitarme, ya que le costaba más debido a la edad. Mi vida dependía de observar a aquella pareja feliz, tomar pastillas, ir al médico cinco veces a la semana y pensar que nunca volvería a caminar.

Hoy me desperté más deprimida de lo normal. Decidí salir al porche a desayunar y que me diese un poco el aire. Como siempre, iba del coche a casa y de casa al coche, casi nunca me habían visto los vecinos. Todos pasaban y me miraban como si les diese pena. De repente, una señora salió de su casa, clavó la mirada en mí y su rostro se volvió pálido. Cruzo la acera casi sin pestañear y llegó hasta mí.

— Aanna — Dijo con la voz temblorosa — ¿De verdad eres tú?

— Sí, ¿por qué lo pregunta?, ¿es usted amiga de mi madre? — Le pregunté con una gran sonrisa intentando esconder las pocas ganas que tengo hablar con nadie.

— Soy la que te ayudó a salir de lo que ya sabes... y, bueno, mi más sincero pésame. El día que supe la noticia estuve llorando durante horas. — Al decir estas palabras, retrocedió como con vergüenza. Sus palabras retumban en mi cabeza, no sé de qué me habla.

— ¿En qué me ayudaste?, ¿quién ha muerto?— Me empiezo a poner nerviosa y ella me mira fijamente.



— Pues ya en lo de.....

— Hola, Ana, hola, Marga. Ana, ¿puedes ir dentro para colocar esto en la nevera? — Dice mi madre interrumpiendo la conversación.

Le hago caso y entro en casa. Mientras estoy en la cocina, veo como mi madre discute con esa señora.

— ¿De qué hablaba esa señora? — Le pregunto con mucha curiosidad.

— No le hagas caso, es una loca. Bueno, me voy a casa que me está esperando tu hermano. — Dice intentando no mirarme directamente a los ojos.

Cuando por fin se marchó, intenté dormir un poco, pero a los diez minutos oí a dos personas discutir. Abrí los ojos muy despacio y vi que eran los vecinos. Esta última semana están discutiendo más de lo normal. Su ventana estaba abierta y sus voces retumbaban por todo el vecindario. La conversación estaba subiendo de tono y a la chica cada vez se la veía más asustada, pero aun así le seguía plantando cara. De repente, él le pegó una bofetada y yo di un pequeño grito que sirvió para que él me viese y cerrase la ventana junto con las persianas dejándome sin ver lo que pasaría a continuación. Tenía el corazón en un puño y apenas podía respirar. No sabía qué hacer ni qué decir. No podía llamar a la policía porque es cosa de ellos y supongo que esa chica estará muy asustada y no se atreverá a decir nada.

Pasó una hora y yo seguía ahí plantada, pensando cosas estúpidas como ir hasta allí y ayudar a la pobre chica. Si fuese mi caso, me gustaría que alguien me ayudase, ¿no?. Cuando me quise dar cuenta, vi a la chica salir de la casa llorando con una maleta. Sin pensarlo dos veces, me senté en la silla y salí a ofrecerle mi ayuda, pero ella ya no estaba, solo estaba él, sentado en una silla de mimbre de color mostaza en su porche, bebiendo una botella de ron como si nada

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

hubiese pasado. Me metí en casa antes de que pudiese verme, escribí en un papel lo que había pasado para que no se me olvidase y lo dejé sobre la mesa.

Al día siguiente, me levanté, me dirigí al coche, donde me esperaba mi madre con una gran sonrisa, ya que tenía que ir al hospital, y sentí la necesidad de mirar para mi vecino, que estaba en el porche dormido con una botella en la mano, pero no sabía por qué esa necesidad. Mientras iba en el coche, intenté acordarme de lo que había pasado ayer.

Cuando llegué a casa, mi vecino estaba en medio de un ataque de ira tirando las sillas contra el suelo y rompiéndolas. Al verme, entró en casa dejándolo todo tirado. Me despedí de mi madre, que aseguraba no haber visto nada, y entré en casa. Al entrar en casa, vi un papel encima de la mesa. Lo cogí despacio y empecé a leerlo. Mi sorpresa fue que era lo que había escrito yo explicándome lo que había pasado ayer con los vecinos y entendí su comportamiento, aunque no lo justifico.

Pasaron seis meses y yo seguía con mi rutina, pero esta vez me apuntaba las cosas para acordarme al día siguiente. Mi vecino llegaba todas las noches borracho a casa y destrozaba todo lo que encontraba. Alguna vez venía con alguna chica, pero por la mañana discutía con ella y esta se marchaba. En el fondo, creo que sigue queriendo a aquella chica, pero yo entiendo perfectamente que ella no vuelva después de los insultos y de que le hubiese pegado.

Hoy me he despertado con ganas de salir al porche a desayunar. Me preparé un café y unas tostadas con mantequilla. Ya habían pasado ocho meses desde que esa pobre chica se había marchado, cuando la vi aparecer en su coche. Me dio un vuelco el corazón. Espero que no vuelva para quedarse con ese impresentable. Cuando salió del coche, lo entendí todo. La pobre chica estaba embarazada. Sus ojos estaban hinchados y su aspecto era cansado. Le picó a la puerta despacio. Mi sorpresa fue la alegre y cariñosa bienvenida que le dio.





Recogí las cosas y entré dentro para fregarlo todo. Alguien empezó a aporrearme la puerta. Asustada por si era mi vecino, me acerqué despacio a las puerta. Al abrirla, mi madre entró rápido casi empujándome, con mi hermanito pequeño a rastras de la mano. Traía los resultados de la prueba. Dentro de una semana me operarán y podré volver a caminar. Esta noticia hizo que me pusiese muy contenta y a la vez muy nerviosa ya que me tendré que someter a una operación.

.....

— Despierta, Ana, hoy es el día de la operación —
Grita mi madre para que me levante.

— Ya voy, mamá — Le grito yo. Me visto rápido, me siento en la silla, me peino con los dedos y me meto en el coche con ayuda de mi madre.

— ¿Estás lista para volver a caminar?— Pregunta ella con una sonrisa de oreja a oreja.

— Llevo más de un año sin poder caminar, creo que estoy lo suficientemente preparada para ello.—
Le contesto entre risas.

— Sé que estás muy nerviosa, pero no te preocupes, eres lo suficientemente fuerte para hacer lo que te propongas. — Dice bastante seria.

— Gracias — Le respondió con una gran sonrisa.

Al llegar al hospital, sentía que todo el mundo me estaba mirando, pero no era así. Después de la larga espera, los médicos me ayudaron a echarme en una pequeña camilla.

Me desperté de la anestesia y los médicos me ayudaron a caminar. Iba despacio y me dolían un poco las piernas, pero podía caminar. Fui caminando hasta el coche muy despacio. Cuando llegué a casa, todos los vecinos me miraban. De repente, la chica salió de la

XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

casa pegando un portazo y llorando. Cogió su coche y se fue. Iba demasiado rápido, pero no podía pararla porque estaba demasiado cansada y decidí sentarme en el sofá. Alguien llamó a la puerta. Al abrirla, vi que era un hombre de mi misma edad. Al ver su cara, todos mis recuerdos me vinieron a la mente y me di cuenta de que la historia que había visto en mis vecinos era mi subconsciente que me estaba explicando la historia de mi vida con mi ex novio, el hombre que tenía delante. Después de haberme ido llorando, tuve un accidente de coche embarazada y había perdido el bebé. Lo que menos me esperaba era que él sacase una pistola y.....¡pum!





Hugo Fontela

Grado, 1986

Hugo Fontela nace en Grado (Principado de Asturias, España) en 1986. Su formación pictórica estuvo en sus inicios vinculada a la Escuela de Artes y Oficios de Avilés, donde aprende a pintar de una forma académica, y la Escuela de Arte de Oviedo, donde prepara su ingreso en Bellas Artes, aunque finalmente decide no hacerlo, para trasladarse a vivir a Nueva York con 18 años. Allí amplía sus estudios en The Arts Students League, e instala su estudio-taller.

En 2005 recibe en España el XX Premio BMW de Pintura, y en 2007 el Premio al mejor artista de la Feria de Arte Gráfico ESTAMPA, concedido por la Asociación de Críticos de Madrid. En el año 2006 participa junto a Juan Hidalgo, como artista invitado a la XVIII Bienal de Pintura de Zamora. En el 2011 el Museo de la Abadía de Montserrat, en Barcelona, organiza una amplia muestra de sus trabajos realizados en América, que es inaugurada por los Príncipes de Asturias. Ese mismo año, fruto de dos estancias en Río de Janeiro junto a Oscar Niemeyer (2009 y 2011), realiza la muestra Niemeyer by Fontela, en el centro proyectado por el propio arquitecto en Avilés.

En el año 2014 recibe el Premio Príncipe de Girona de las Artes por su precoz pero intensa trayectoria artística. Desde el año 2005 vive y trabaja en Manhattan, alternando estudios en Madrid y Nueva York.





Javier Marinas **(Javier Antonio Marinas García)**

Grado, 1967

Dibujante, diseñador y autor de cómics, nace en Grado (Asturias) en 1967, pero al poco tiempo se traslada a Llaranes (Avilés) con su familia al entrar su padre a trabajar en la factoría avilesina Ensidesa, y desde los doce años vive en el concejo de Corvera.

Marinas estudia Maestría, Delineación y Diseño Gráfico y trabaja profesionalmente en una empresa de diseño gráfico.

Historietista de formación autodidacta, su debut como dibujante de tebeos tiene lugar a finales de los años ochenta en la revista Tapón. Además, colabora en publicaciones como El tirachinas, El Llapiceru, Saucu o Lloviznando.

Es autor de varios libros de cómic:

- Ballenas (1997), una historia de la Asturias costera y sus barcos balleneros.

- La exitosa novela gráfica Domno (Ediciones Trabe, Oviedo, 2005, en asturiano, y luego reeditada en castellano por Ediciones La Cruz de Grado), que tiene como protagonista a Gonzalo Peláez, noble asturiano que en el siglo XII se enfrenta al rey Alfonso VII.

- La historia sobre el Adelantado de la Florida, Pedro Menéndez de Avilés, con guión del periodista y escritor avilesino José Martínez.

- "Homes", Premio Alfonso Iglesias de Cómic del Principado de Asturias 2012.

Marinas es autor de las ilustraciones de libros como Coalla el sanguinario o la Historia de la monarquía Asturiana publicada por La Nueva España. Ha colaborado también en otras muchas publicaciones (incluidas ediciones anteriores de este Concurso de Cuentos Valentín Andrés). También coordinó para el Ayuntamiento de Grado unas jornadas del cómic durante los años 90.



XXV CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS



El diseño de carteles es otra de las facetas del trabajo de Marinas, con la que ha ganado decenas de premios por toda España y alguno a nivel internacional desde los años 90 y hasta este mismo año. Los tres últimos han sido el Primer Premio Internacional por el diseño en 2016 del cartel de del Carnaval de Balluel (Francia), finalista del cartel del Tour de Francia 2017 (entre 400 diseñadores de todo el mundo) y el Primer Premio cartel Carnaval de Laredo 2017.

Índice

Prólogo

Fernández Beltrán 9

Primer Premio

La flor de la amapola
Alfonso Sergio Barragán Rincón 13

Segundo Premio

El gusano del hambre
José Quesada Moreno..... 21

Primer Premio - Categoría A

La vida no es tan complicada
Lucía Hernández Noriega 39

Segundo Premio - Categoría A

El brujo de las pesadillas
Enol Menéndez Pevida 45

Tercer Premio - Categoría A

¿Dónde está mi calcetín?
María Matilla Núñez..... 51

Primer Premio - Categoría B

La muerte y su cuaderno de bitácora
Eire Sánchez Frías..... 61

Segundo Premio - Categoría B

Oscar Halter
Andrea Fernández Fernández 71

Tercer Premio - Categoría B

La única que corrió
Elisa Palacios Moreta 79

Premio Camín Real de la Mesa

¿Lo recuerdas?
Haydeé Fernández Álvarez 89





Biografía autor de la portada

Hugo Fontela 99

Biografía autor ilustraciones

Javier Marinas 101

Relación de ganadores del Concurso de Cuentos “Valentín Andrés”

I Concurso 1992

Güeyos d'ayeri - *José Antonio Fernández Martínez*

II Concurso 1993

El abuelo Tomás - *M.^a Asunción Bande Rodríguez*

III Concurso 1994

El álbum - *María Fernández Rodríguez*

IV Concurso 1995

Fin de selmana - *María Rodríguez Blanco*

V Concurso 1996

El cordero y la loba - *José Manuel Pérez Pérez*

VI Concurso 1997

Carta a la señora Monroe - *Xaviel Vilareyo y Villamil*

VII Concurso 1998

Blanco y negro - *Ana P. Fernández Magdalena*

VIII Concurso 1999

Mi querido hermano Rashi - *María Fernández Ibieta*

IX Concurso 2000

La frontera del huerto (relato de un esquizofrénico) -
Ignacio Tejón Mallo

X Concurso 2001

Coses de los que falen pel fueu - *Pablo Rodríguez Medina*

XI Concurso 2002

La Biblioteca - *Alejandro Suárez Morís*

XII Concurso 2003

Las palabras de las serpiente - *Óscar Noguera Carrasco*

XIII Concurso 2004

De llanto & fierros - *Domingo A. Martínez*





XIV Concurso 2005

Mire, Chacho - *Antonio Rodríguez de Anca*

XV Concurso 2006

El regreso - *Mónica Marcos Celestino*

XVI Concurso 2007

Equilibrio - *Carlos Mateos López*

XVII Concurso 2008

El mentiroso - *Daniel Cortázar Frías*

XVIII Concurso 2009

Dromedarios de palma coloreada - *Rosario Acosta Nieva*

XIX Concurso 2010

Un millón de grullas - *Clara Isabel Aránega Pérez*

XX Concurso 2011

La memoria del Olivo - *Ginés Mulero Caparrós*

XXI Concurso 2012

El vuelo de una piedra - *Teresa Núñez González*

XXII Concurso 2013

Chocolate y niebla - *Rosario Acosta Nieva*

XXIII Concurso 2014

Hacer del corazón un quitanieves - *Miguel Sánchez Robles*

XXIV Concurso 2015

El canto del cárabo - *José M.^a García Lobo*

